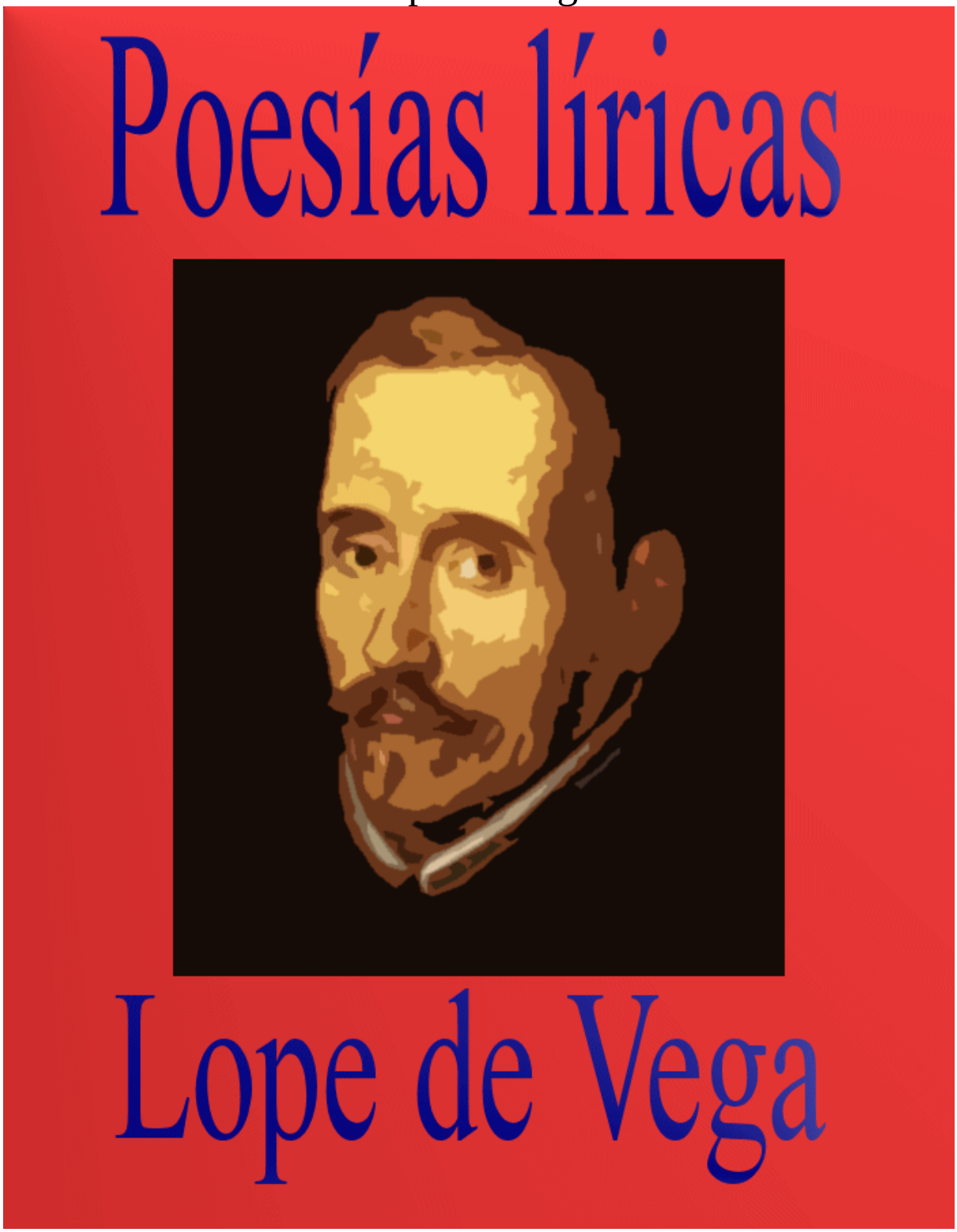
Poesías líricas
Lope de Vega



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Romances

Romances moriscos

I

Gallardo pasea Zaide
puerta y calle de su dama,
que desea en gran manera
ver su imagen y adorarla,
porque se vido sin ella
en una ausencia muy larga,
que desdichas le sacaron
desterrado de Granada,
no por muerte de hombre alguno
ni por traidor a su dama,
mas por dar gusto a enemigos,
si es que en el moro se hallan,
porque es hidalgo en sus cosas
y tanto que al mundo espantan
sus larguezas, pues por ellas
el moro dejó su patria;
pero a Granada volvió
a pesar de vil canalla,
porque siendo un moro noble
enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
a su Zaida a la ventana,
tan bizarra y tan hermosa
que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver

a quien ha entregado el alma,
tan turbada y tan alegre
y cuanto alegre turbada,
porque su grande desdicha
le dio nombre de casada,
aunque no por eso piensa
olvidar a quien bien ama.
El moro se regocija
y con dolor de su alma,
por no tener más lugar,
que el puesto no se le daba,

por ser el moro celoso
de quien es esposa Zaida,
en gozo, contento y penas
le envió aquestas palabras:
-¡Oh más hermosa y más bella
que la aurora aljofarada,
mora de los ojos míos,
que otra en beldad no te iguala!
Dime, ¿fáltate salud
después que el verme te falta?
Mas según la muestra has dado
amor es el que te falta.
Pues mira, diosa cruel,
lo que me cuestas del alma
y cuántas noches dormí
debajo de tus ventanas;
y mira que dos mil veces,
recreándome en tus faldas,
decías: -El firme amor
sólo entre los dos se halla.
Pues que por mí no ha quedado,
que cumplo, por mi desgracia,
lo que prometo una vez,
cúmplelo también, ingrata.

No pido más que te acuerdes,
mira mi humilde demanda,
pues en pensar sólo en ti
me ocupo tarde y mañana-.
Su prolijo razonar
creo el moro no acabara
si no faltara la lengua
que estaba medio turbada.
La mora tiene la suya
de tal suerte, que no acaba
de acabar de abrir la gloria
al moro con la palabra.
Vertiendo de entrambos ojos
perlas con que le aplacaba
al moro sus quejas tristes,
dijo la discreta Zaida:
-Zaide mío, a Alá prometo
de cumplirte la palabra
que es jamás no te olvidar,
pues no olvida quien bien ama;
pero yo no me aseguro
ni estoy de mí confiada,
que suele, el cuerpo presente,
ser la vigilia doblada,
y más que tú lisonjeas,
que ya lo tienes por gala,
de ser como aquí lo has dicho,
no habiendo en mí bueno nada.

Sé muy bien lo que te debo
y pluguiese a Alá quedara
hecho mi cuerpo pedazos
antes que yo me casara,
que no hay rato de contento
en mí, ni un punto se aparta
este mi moro enemigo

de mi lado y de mi cama,
y no me deja salir
ni asomarme a la ventana
ni hablar con mis amigas
ni hallarme en fiestas o zambras-.
No pudo escuchalla más
el moro, y así se aparta
hechos los ojos dos fuentes
de lágrimas que derrama.
Zaida, no menos que él,
se quita de la ventana,
y aunque apartaron los cuerpos,
juntas quedaron las almas.

II

-Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle
ni hables con mis mujeres,
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes en qué entiendo
ni quién viene a visitarme,
qué fiestas me dan contento
o qué colores me aplacen;
basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber mirado
moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
que hiendes, rajas y partes
y que has muerto más cristianos
que tienes gotas de sangre;
que eres gallardo jinete,
que danzas, cantas y tañes,

gentil hombre, bien criado
cuanto puede imaginarse;
blanco, rubio por extremo,
señalado por linaje,
el gallo de las bravatas,
la nata de los donaires,
y pierdo mucho en perderte
y gano mucho en amarte,

y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte;
y por este inconveniente
determino de dejarte,
que eres pródigo de lengua
y amargan tus libertades
y habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte
un alcázar en el pecho
y en los labios un alcaide.
Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que rompan y que desgarren;
mas tras esto, Zaide amigo,
si algún convite te hacen,
al plato de [sus] favores
quiere[n] que coma[s] y calle[s].
Costoso fue el que te hice;
venturoso fuera[s], Zaide,
si conservarme supieras
como supisme obligarme.
Apenas fuiste salido
de los jardines de Tarfe
cuando hiciste de la tuya
y de mi desdicha alarde.
A un morito mal nacido

me dicen que le enseñaste
la trenza de los cabellos
que te puse en el turbante.
No quiero que me la vuelvas
ni quiero que me la guardes,
mas quiero que entiendas, moro,
que en mi desgracia la traes.
También me certificaron
cómo le desafiaste
por las verdades que dijo,
que nunca fueran verdades.
De mala gana me río;
¡qué donoso disparate!
No guardas tú tu secreto
¿y quieres que otro le guarde?
No quiero admitir disculpa;
otra vez vuelvo a avisarte
que ésta será la postrera
que me hables y te hable-.
Dijo la discreta Zaida
a un altivo bencerraje
y al despedirle repite:
«Quien tal hace, que tal pague».

III

-Di, Zaida, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y me calle?
No te fíes de mujeres
fundadas en disbarates.
Y si pregunté en qué entiendes
y quién viene a visitarte,
son fiestas de mis tormentos
ver qué colores te aplacen.

Dices que son por mi causa
las que en el rostro te salen;
por la tuya, con mis ojos,
tengo regada la calle.
Dícesme que estás corrida
de [que] Zaide poco sabe;
no sé poco, pues que supe
conocerte y adorarte.
Confiesas que soy valiente,
que tengo otras muchas partes;
pocas tengo pues no puedo
de una mentira vengarme;
mas ha querido mi suerte
que ya en quererme te canses;
no busques inconvenientes,
si no que quieres dejarme.
No entendí que eras mujer
a quien mentiras le placen,
mas tales son mis desdichas
que en mí lo imposible hacen;
hanme puesto en tal extremo
que el bien tengo por ultraje:
lóasme para hacerme
la nata de los galanes;
yo soy quien pierdo en perderte
y yo quien gano en amarte
y aunque hables en mi ofensa
no dexaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
fuera posible adorarme;
si en tu daño no lo he sido,
enmudezca en disculparme.
Si te ha ofendido mi vida
y si gustas de matarme,

basta decir que hablo mucho
para que el pesar me acabe.
Es mi pecho un fuerte muro
de tormentos inmortales
y mis labios son silencio,
que no han menester alcaide.

El hacer plato o banquete
es de hombres principales,
mas darles de sus favores
sólo pertenece a infantes.
Zaida cruel, que dijiste
que no supe conservarte:
mejor te supe obligar
que tú supiste pagarme.
Mienten las moras y moros
y miente el traidor de Zarque
que si yo le amenazara
bastara para matarle.
A ese perro mal nacido
a quien [yo] mostré el turbante
no fié yo del secreto;
en pecho bajo no cabe.
Yo le quitaré la vida
y escribiré con su sangre
lo que tú, Zaida, replicas:
«Quien tal hace, que tal pague».

IV

El mayor Almoralife
de los buenos de Granada,
el de más seguro alfanje
y el de más temida lanza,
el sobrino de Zulema,
visorrey de la Alpujarra,

gran consejero en la paz,
fuerte y bravo en la batalla,
en socorro de su rey
se va a la mar desde Baza,
más animoso y galán
que el hijo del moro Audalla;
tanto que al mundo su nombre
seguras fianzas daba
que verdaderas saldrían
sus dichosas esperanzas.
Albornoz de seda verde
y de pajizo de gualda,
marlota de raso al uso,
de [verdes] lirios sembrada,
por mostrar que allá en la guerra
encubre con esperanzas
los lirios, que ya son verdes
y fueron flores moradas;
con cuatro moros detrás
solo en una yegua baya,
que quien quiere adelantarse

bien es que delante vaya,
recogiendo, pues la rienda
cesando el trote paraba
por no sentir por la posta
la ausencia de Felisalva.
Saca un retrato del pecho,
que aun a sacalle no basta,
porque salen tras la vista
las imágenes del alma.
-Amada mora -le dice-,
que parece que me hablas
con ceño porque te dejo
y dejándote me agravias,
¿cómo me miras alegre,

pues yo te vi esta mañana
tan enojada conmigo
que contigo te enojabas?
Si no lloras como peña
que está dura y echa un agua,
¡mucho me quieren tus ojos,
mucho debo a tus entrañas!
Si el arrancar tus cabellos
no es sentimiento que engaña,
¡muchos cabellos, amiga,
por mi respeto te faltan!
Habla ya que a tu pintura
le darán vida mis ansias
dejando mi cuerpo triste
vacío y con fuerzas flacas.
Felisalva, no te entiendo,
las suertes están trocadas,
hoy callas tú y hablo yo,
ayer hablaste y callaba.
¡Malhaya aquel amador
que al retrato de su dama
le dice sus sentimientos,
pues que no sienten las tablas!
¡Malhaya aquel que la mira
en retrato mesurada,
él llorando, flaco y triste,
y ella compuesta y ufana!
¡Ay pundonor que me llevas
a meterme en una barca
y entre las ondas y el cielo
cargado de acero y malla!
¡Ay mis baños y jardines
que el mejor tiempo os dejara!
Mas si dejo mi contento
¿qué hago en dejar mi casa?

Amiga, por nuestro amor
que si vives en mi alma

suspirando me la envíes,
que no venceré sin alma-.
Con esto los cuatro moros
a media rienda le alcanzan;
esconde el retrato y pica
hablando de guerra y armas.

V

De la armada de su rey
a Baza daba la vuelta
el mejor Almoralife,
sobrino del gran Zulema,
y aunque llegó a medianoche,
a pesar de las tinieblas
desde lejos divisaba
de su ciudad las almenas.
-Aquel chapitel es mío
con las águilas de César,
insignia de los romanos
que usurparon esta tierra.
La torre de Felisalva
apostaré que es aquélla,
que en fe de su dueño altivo
compite con las estrellas.
¡Oh gloria de mi esperanza
y esperanza de mi ausencia,
compañía de mi gusto,
soledad de mis querellas!
Si de mi alma quitares
los recelos que la quedan,
y algunas facilidades

que de tus gustos me cuentan,
si tu belleza estimaras
como estimo tu belleza
fueras ídolo de España
y fama de ajenas tierras-.
Dijo, y entrándose en Baza
a sus moros dio la yegua
y del barrio de su dama
las blancas paredes besa.
Hizo la seña que usaba
y al ruido de la seña
durmieron sus ansias vivas
y Felisalva despierta.
Salió luego a su balcón
y de pechos en las verjas
a su moro envía el alma,
que le abrazase por ella.
Apenas pueden hablarse

que la gloria de su pena
les hurtaba las palabras,
que en tal trance no son buenas.
Al fin la fuerza de amor
rompió al silencio la fuerza
porque sus querellas mudas
por declarar se revientan,
y la bella Felisalva
tan turbada cuanto bella,
estando atento su moro
a preguntalle comienza:
-Almoralife galán
¿cómo venís de la guerra?
¿Mataste tantos cristianos
como damas os esperan?
¿Mi retrato viene vivo
o murió de las sospechas

que a su triste original
le dan soledades vuestras?
Del vuestro sabré deciros
que parece que le pesa
de que faltándole el ver
vivir y mirarle pueda-.

VI

En la prisión está Adulce
alegre porque se sabe
que está preso sin razón
y le quieren mal de balde.
Esto es causa que en el moro
es la pena menos grave,
pues no quiere libertad
si con ella han de culpalle.
Piensan que ha de hacer por fuerza
lo que de agrado no hace,
enmudeciendo las leyes
para que los mudos hablen.
Arrimado está a una reja
que hace más fuerte la cárcel,
pena un tiempo de traidores
castigo ya de leales.
Alzó los ojos al cielo
temiendo que se le cae
y dijo: -Siempre padezco
por leal y por amante.
¡Ay Aja ingrata! ¿Qué es esto,
que en medio de mis pesares
hallo viva la memoria
de mis bienes y mis males?

Y todo porque no pueda,

ingrata, desengañarme,
pues con quererte en naciendo
pienso que te quise tarde.
A otra reja me vi asido,
más baja, porque alcanzase
las promesas de tu boca,
puesto que ya no se guarden.
¿Cómo quieres, di, que crea
que el aire se las llevase,
estando los dos tan cerca
que apenas pasaba el aire?
¿Cómo no te desengañas
de que así quise engañarte
si en medio de los favores
siempre me viste cobarde?
¡Agora, ingrata, te pesa
de que te sirva y te ame
y no quieres ser querida
quizá por desobligarte!
¿Quién derribo por el suelo
el edificio admirable
que alzó amor a las estrellas,
de que apenas hay señales?
Déjanse sus ruinas
una piedra que declare
la mudanza que hizo el tiempo
sin poder jamás mudarme.
Mucho debo a sus amigos,
todos dicen que me guarde,
mas ¿de qué sirve, cruel,
si viene el consejo tarde?
¿De qué aprovecha el socorro
y que todo el pueblo llame
si está la casa abrasada
cuando la campana tañen?

¿Quieres, ingrata, que pierda
el premio de ser constante
y que si es la causa firme
que la pena sea mudable?
No, para tanta belleza
no hay tormento que sea grave,
pues la ofensa de quererte
se defiende con amarte.
Los ojos vuelve, enemiga,
y podrá ser que eso baste,
pues para corta ventura
cualquier favor será grande.
Verás lo mucho que quiero
y lo poco que me vale
y que no es bien que me pierda

donde es justo que me gane-.
Llamaron en esto al moro,
que le esperaba su paje,
que venía muy contento
con una carta que trae,
donde Adalifa le escribe
el pésame de sus males,
Y Adulce dijo: -¿Qué importa
si Aja gusta que me acaben?

Romances a Filis

XII

Hortelano era Belardo
de las huertas de Valencia,
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.

Pasado el hebrero loco,
flores para mayo siembra,
que quiere que su esperanza
dé fruto a la primavera.
El trébol para las niñas
pone al lado de la huerta,
por que la fruta de amor
de las tres hojas aprenda.
Albahacas amarillas,
a partes verdes y secas,
trasplanta para casadas
que pasan ya de los treinta
y para las viudas pone
muchos lirios y verbena,
porque lo verde del alma
encubre la saya negra.
Toronjil para muchachas
de aquellas que ya comienzan
a deletrear mentiras,
que hay poca verdad en ellas.
El apio a las opiladas
y a las preñadas almendras,
para melindrosas cardos
y ortigas para las viejas.

Lechugas para briosas
que cuando llueve se queman,
mastuerzo para las frías
y ajenjos para las feas.
De los vestidos que un tiempo
trujo en la Corte, de seda,
ha hecho para las aves
un espantajo de higuera.
Las lechuguillazas grandes,
almidonadas y tiesas
y el sombrero boleado

que adorna cuello y cabeza,
y sobre un jubón de raso
la más guarnecida cuera,
sin olvidarse las calzas
españolas y tudescas.
Andando regando un día,
viole en medio de la higuera
y riéndose de velle,
le dice desta manera:
-¡Oh ricos despojos
de mi edad primera
y trofeos vivos
de esperanzas muertas!
¡Qué bien parecéis
de dentro y de fuera,
sobre que habéis dado
fin a mi tragedia!
¡Galas y penachos
de mi soldadesca,
un tiempo colores
y agora tristeza!
Un día de Pascua
os llevé a mi aldea
por galas costosas,
invenciones nuevas.
Desde su balcón
me vio una doncella
con el pecho blanco
y la ceja negra.
Dejose burlar,
caseme con ella,
que es bien que se paguen
tan honrosas deudas.
Supo mi delito
aquella morena

que reinaba en Troya
cuando fue mi reina.
Hizo de mis cosas
una grande hoguera,
tomando venganzas

en plumas y letras.

XIII

Mirando está las cenizas
de aquel saguntino fuego,
los vanos anfiteatros,
vivos ejemplos del tiempo,
Belardo, que allí llegó
con sus cabras y becerros,
antes morador del Tajo
y ya del río Monviedro;
y viendo entre sus ruinas
del tiempo tantos ejemplos
así le dice, llorando
sobre un peñasco de pechos:
-¿Quién se ha de poner contigo
a fuerza, tiempo ligero,
teniendo tantos testigos
de tus poderosos hechos?
¡Qué acabaste de ciudades,
qué deshiciste de imperios,
qué de triunfos has traído
a sepultura de muertos!
Los mármoles que cubrían,
de púrpura y oro llenos,
yacen por el suelo ahora
de inútil yerba cubiertos.

Aquí, donde recitadas
alegres comedias fueron,
unos alegres sombríos
está recitando el tiempo,
y el lugar que tan apriesa
ocuparon sus asientos
a mis cabras lo agradezca
que su yerba están paciendo,
y sólo de sus balidos
por derribados cimientos
estas bóvedas escuchan
tristes y espantables ecos.
No pienses que soy, Sagunto,
Belisardo ni Pompeyo,
pero soy un desterrado
por uno de tus sucesos,
que como la piedra cae
y sube a su esfera el fuego,
he venido a este lugar
como a verdadero centro.
Ya fuiste ciudad insigne
y fui yo dichoso un tiempo,

tus mármoles levantabas
y yo mi ventura al cielo;
tú por ser buena dudad,
yo por ciudadano bueno
ambos en el suelo estamos,
tú difunta, yo muriendo.
Sobra de malos amigos
en este lugar me han puesto;
tu muerte fue honrada vida,
pues fue de enemigos buenos.
Por haber sido agradable
a tan inclemente cielo

me pagan desta manera
que ves que penando muero.
Consuélate, ciudad mía,
pues en tus manos me han puesto
en agradable prisión
yerros de mi propio dueño.

XIV

Contemplando estaba Filis
a la medianoche sola
una vela a cuya lumbre
labrando estaba una cofia,
porque andaba en torno della
una blanca mariposa,
quemándose los extremos
y cerca de arderse toda.
Suspendiose, imaginando
el avecilla animosa,
tomola en sus blancas manos
y así le dice, envidiosa:
-¿Adónde tienes los ojos
que desta luz te enamoras,
la boca con que la besas
y el gusto con que la gozas?
¿Adónde tienes tu ingenio
y dónde está la memoria?
¿Con qué lengua la requiebras?
¿Con qué despojos la adornas?
¿Qué le dices cuando llegas,
cuando en su fe presurosa
le dejas alguna prenda
de la afición que [la] adoras?

Y sin haberte ido vienes
y después a volar tornas
hasta el punto que tu vida
entre las llamas despojas,

viendo que no será justo
dilatar su muerte y gloria-.
En diciendo estas razones,
llegose al fuego y quemola.
-Dichosa fuiste, avecilla
-Filis prosigue-, pues gozas
en los brazos de tu amigo
vida y muerte gloriosa;
que la vida sin contento
mucha falta y poca sobra
y sólo el sosiego es bueno
adonde el alma reposa.
Mas ¿cómo yo con tu ejemplo
no me doy la muerte ahora?
Morir quiero, pues me anima,
y acabar con tantas cosas.
He sabido que Belardo
su vida pasa con otra,
porque le enojan mis celos
y mis desdichas le enojan-.
Del paño de su labor
un corto cuchillo toma
y dijo toda turbada:
-Oh Belardo, aquí fue Troya-.
Pero primero que fuese
puesto el intento por obra,
quiso probar el dolor,
que es mujer y temerosa.
Con la aguja que labraba
picose el dedo y turbola

de su muy querida sangre
el ver salir una gota.
Pide un paño a la criada,
intento y cuchillo arroja;
lloró su sangre perdida,
que su amante no la llora.

Romances a Belisa

IV

De pechos sobre una torre
que la mar combate y cerca
mirando las fuertes naves
que se van a Inglaterra,
las aguas crece Belisa
llorando lágrimas tiernas,
diciendo con voces tristes
al que se aparta y la deja:
«Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».

No quedo con solo el hierro
de tu espada y de mi afrenta,
que me queda en las entrañas
retrato del mismo Eneas,
y aunque inocente, culpado,
si los pecados se heredan;
matareme por matarle
y moriré porque muera.
«Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».

Mas quiero mudar de intento
y aguardar que salga fuera

por si en algo te parece
matar a quien te parezca.
Mas no le quiero aguardar,
que será víbora fiera,
que rompiendo mis entrañas,
saldrá dejándome muerta.
«Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».

Así se queja Belisa
cuando la priesa se llega;
hacen señal a las naves
y todas alzan las velas.
«Aguarda, aguarda -le dice-;
fugitivo esposo, espera...
Mas, ¡ay!, en balde te llamo;
¡plega Dios que nunca vuelvas!
Vete, cruel, que bien me queda
en quien vengarme de tu agravio pueda».

Letras para cantar

Cantar de siega

Blanca me era yo
cuando entré en la siega;
diome el sol y ya soy morena.
Blanca solía yo ser
antes que a segar viniese;
mas no quiso el sol que fuese
blanco el fuego en mi poder.
Mi edad al amanecer
era lustrosa azucena;
diome el sol y ya soy morena.

(*El gran duque de Moscovia* [-]. Parte VII. Madrid, .)

Serranas

I

Reverencia os hago,
linda vizcaína,
que no hay en Vitoria
doncella más linda.
Llevaisla del alma
que esos ojos mira
y esas blancas tocas
son prisiones ricas.
Más preciara haceros,
mi querida amiga,

que vencer los moros

que a Navarra lidian.
-Id con Dios, el conde,
mirad que soy niña,
y he miedo a los hombres
que andan en la villa.
Si me ve mi madre,
a fe que me riña.
Yo no trato en almas,
sino en almohadillas.
-Dadme vuestra mano;
vámonos, mi vida,
a la mar, que tengo
cuatro naves mías.
-¡Ay Dios, que me fuerzan!
¡Ay Dios, que me obligan!
Tómala en los brazos
y a la mar camina.

(*Los Prados de León*. Parte XVI. Madrid, .)

II

A caza va el caballero
por los montes de París,
la rienda en la mano izquierda
y en la derecha el neblí.
Pensando va en su señora
que no la ha visto al partir,
porque como era casada
estaba su esposo allí.
Como va pensando en ella,
olvidado se ha de sí;
los perros siguen las sendas
entre hayas y peñas mil.

El caballo va a su gusto
que no le quiere regir.
Cuando vuelve el caballero
hallose de un monte al fin;
volvió la cabeza al valle
y vio una dama venir,
en el vestido serrana
y en el rostro serafín.
-Por el montecico sola
¿cómo iré?
¡Ay Dios, si me perderé!
¿Cómo iré triste, cuitada,

de aquel ingrato dejada?
Sola, triste, enamorada,
¿dónde iré?
¡Ay Dios, si me perderé!
-¿Dónde vais, serrana bella,
por este verde pinar?
Si soy hombre y voy perdido
mayor peligro lleváis.
-Aquí cerca, caballero,
me ha dejado mi galán
por ir a matar un oso
que ese valle abajo está.
-¡Oh mal haya el caballero
en el monte Allubricán,
que a solas deja su dama
por matar un animal!
Si os place, señora mía,
volved conmigo al lugar,
y porque llueve, podréis
cubriros con mi gabán-.
Perdido se han en el monte
con la mucha oscuridad;

al pie de una parda peña
el alba aguardando están;
la ocasión y la ventura
siempre quieren soledad.

(*El villano en su rincón*. Parte VII.)

III

Salteáronme los ojos
de la mozuela;
diles más que pedían,
¿de qué se quejan?
Érase la niña
libre de las penas
que el amor me causa
porque vine a verla.
Era yo arrogante,
burlé de sus flechas,
pero destas burlas
vine a tantas veras.
Vi los bellos ojos
de la mozuela;
diles más que pedían,

¿de qué se quejan?

(*El Aldegüela*. Ac. XII.)

Canción de bodas

Dente parabienes
el mayo garrido,
los alegres campos,
las fuentes y ríos.

Alcen las cabezas
los verdes alisos
y con frutos nuevos
almendros floridos.
Echen las mañanas
después del rocío,
en espadas verdes
guarnición de lirios.
Suban los ganados
por el monte mismo
que cubrió la nieve
a pacer tomillos.

FOLÍA

Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados,
pues hoy para en uno son.

VUELVEN A DANZAR

Montañas heladas
y soberbios riscos,
antiguas encinas
y robustos pinos,
dad paso a las aguas
en arroyos limpios

que a los valles bajan
de los hielos fríos.
Canten ruiseñores
y con dulces silbos
sus amores cuenten
a estos verdes mirtos.

Fabriquen las aves
con nuevo artificio
para sus hijuelos
amorosos nidos.

FOLÍA

Y a los nuevos desposados
eche Dios su bendición;
parabién les den los prados
pues hoy para en uno son.

(*Peribáñez* [-]. Parte IV. Madrid, .)

Canción de bodas

Esta novia se lleva la flor,
que las otras no.
Bendiga Dios el molino
que tales novias sustenta,
muela su harina sin cuenta
a costa de tal padrino.
Éstas muelen de lo fino
del trigo que muele amor,
que las otras no.

(*El Molino*, Riv., XXIV, c.)

Canción de bautizo

UNA VOZ

Este niño se lleva la flor,
que los otros no.
Este niño tan garrido.

TODOS

Se lleva la flor.

VOZ

Que es hermoso y bien nacido.

TODOS

Se lleva la flor.

VOZ

La dama que le ha parido.

TODOS

Se lleva la flor.

VOZ

Cuando llegue a estar crecido,
ha de ser un gran señor.
Este niño se lleva la flor,
que los otros no.

(*El piadoso aragonés* . Parte XXI. Madrid, .)

Cantar de bautizo

A la gala de la madrina
que nadie la iguala en toda la villa.
Esta graciosa zagala
vence a todas en la gala
y ella a sí misma se iguala

porque es de suerte divina
que nadie la iguala en toda la villa.
Fue tal su valor divino
que en algún modo convino
que la igualase el padrino
porque era tan bella y linda
que nadie la iguala en toda la villa.

(*Amores de Albanio e Ismenia*, de N. I.)

Maya

I

En las mañanicas
del mes de mayo
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.
En las mañanicas,
como son frescas,
cubren ruiseñores
las alamedas.
Ríense las fuentes
tirando perlas
a las florecillas
que están más cerca.
Vístense las plantas
de varias sedas
que sacar colores

poco les cuesta.
Los campos alegran
tapetes varios,
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.

II

Sale el mayo hermoso
con los frescos vientos
que le ha dado marzo
de céfiros bellos.
Las lluvias de abril
flores le trujeron:
púsose guirnaldas
en rojos cabellos.
Los que eran amantes
amaron de nuevo
y los que no amaban
a buscarlo fueron.
Y luego que vieron
mañanas de mayo,
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.

(*El robo de Dina*. Parte XXIII. Madrid, .)

Trébole

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada
que a su esposo quiere bien;
de la doncella también
entre paredes guardada,
que fácilmente engañada
sigue su primer amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

Trébole de la soltera

que tantos amores muda;
trébole de la viuda
que otra vez casarse espera,
tocas blancas por defuera
y faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

(Peribáñez.)

Villancicos

II

Cogiome a tu puerta el toro,
linda casada,
no dijiste: Dios te valga.
El novillo de tu boda
a tu puerta me cogió;
de la vuelta que me dio
se rió la aldea toda,
y tú, grave y burladora,
linda casada,
no dijiste: ¡Dios te valga!

Letras diversas

III

Salió la niña en cabello
a coger flores de azâr

y ella y el aurora a un tiempo
mirando las flores van.
Siguiéndolas viene Amor
que tras de un verde arrayán
contemplando su hermosura
contempló su libertad.
En el nácar de una rosa
iba a poner su cristal
cuando viéndola Amor dijo
para enamorarla más:
-Ofendido me tienen
tus ojos bellos,
pues me ponen la culpa
que tienen ellos.
Toma el arco, la niña,
que yo no quiero
ser Amor, pues que matas
a Amor con ellos-.

(*La que ha de ser*. Parte XXII. Zaragoza, .)

IV

Naranjitas me tira la niña
en Valencia por Navidad,
pues a fe que si se las tiro
que se le han de volver azâr.

A una máscara salí
y pareme a su ventana;
amaneció su mañana
y el sol en sus ojos vi.
Naranjitas desde allí
me tiró para furor;
como no sabe de amor
piensa que todo es burlar,
pues a fe que si se las tiro
que se le han de volver azâr.

Naranjitas me tira la niña
en Valencia por Navidad,
pues a fe que si se las tiro
que se le han de volver azâr.

(*El bobo del colegio*. Parte XIV.)

V

Claros aires de Valencia,
que dais a la mar embates,
a sus verdes plantas flores
y a sus naranjos azâres;
huéspedes frescos de abril,
instrumentos de sus aves,
campanitas del amor
que despertáis los amantes,
llevad mis suspiros,
aires suaves
al azâr de unas manos
que en ellas nacen.

(*El bobo del colegio*.)

VII

No ser, Luscinda, tus bellas
niñas formalmente estrellas,
bien puede ser;
pero que en su claridad
no tengan cierta deidad,
no puede ser.
Que su boca celestial
no sea el mismo coral,
bien puede ser;
mas que no excedan la rosa
en ser roja y olorosa,
no puede ser.
Que no sea el blanco pecho
de nieve o cristales hecho,
bien puede ser;
mas que no exceda en blancura,
cristales y nieve pura,
no puede ser.
Que no sea Sol ni Apolo,
ángel puro y fénix solo,
bien puede ser;

pero que de ángel no tenga
lo que con ángel convenga,
no puede ser.
Que no sean lirios sus venas
ni sus manos azucenas,
bien puede ser;
mas que en ellas no se vean
cuantas gracias se desean,
no puede ser.

(*Lo fingido verdadero*. Parte XVI.)

IX

Si os partiéredes al alba
quedito, pasito, amor,
no espantéis al ruiseñor.
Si os levantáis de mañana
de los brazos que os desean,
porque en los brazos no os vean
de alguna envidia liviana,
pisad con planta de lana,
quedito, pasito, amor,
no espantéis al ruiseñor.

(*El ruiseñor de Sevilla* [-]. Parte XVII.)

Seguidillas

Apacibles prados,
creced las hierbas,
que ganado de oro
pasa por ellas.

(*El vellocino de oro*. Parte XIX. Madrid, .)

Caminad, suspiros
adonde soléis,
y si duerme mi niña
no la recordéis.

(*La niña de plata.* Parte IX.)

No corráis, vientecillos,
con tanta prisa,
porque al son de las aguas
duerme la niña.

(*El mármol de Felisardo*. Parte VI.)

En Santiago el Verde
me dieron celos,
noche tiene el día,
vengarme pienso.

Álamos del seto,
¿dónde está mi amor?
Si se fue con otro
morireme yo.

Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarle el agua
corre con fuego.

(*Santiago el verde* . Parte XIII. Madrid, .)

Blancas coge Lucinda
las azucenas
y en llegando a sus manos
parecen negras.

Cuando sale el alba,
Lucinda bella,
sale más hermosa,
la tierra alegra.

Con su sol enjuga
sus blancas perlas;
si una flor le quita,
dos mil engendra.

Porque son sus plantas
de primavera
y como cristales
sus manos bellas.

Y ansí, con ser bellas
las azucenas,
en llegando a sus manos
parecen negras.

(*El caballero de Illescas* [hacia]. Parte XIV.)

Riberitas hermosas
de Darro y Genil,
esforzad vuestros aires,
que me abraso aquí.

Hermosas riberas
donde yo nací,

la que fue mi muerte
en vosotras vi.

En el fuego es julio
y en la vista abril;
esforzad vuestros aires,

que me abraso aquí.

Orillas hermosas
que el cristal cubrís,
tened, que me muero,
lástima de mí.

Si encubra las llamas
de nieve y jazmín,
esforzad vuestros aires,
que me abraso aquí.

(*Pedro Carbonero* . Parte XIV.)

Seguidillas del Guadalquivir

Río de Sevilla,
¡cuán bien pareces,
con galeras blancas
y ramos verdes!

(*Lo cierto por lo dudoso*. Parte XX. Madrid, .)

Vienen de Sanlúcar,
rompiendo el agua,
a la torre del oro
barcos de plata.

(*El amante agradecido* [-]. Parte X. Madrid, .)

Barcos enramados
van a Triana,
el primero de todos
me lleva el alma.

A San Juan de Alfarache
va la morena
a trocar con la flota
plata por perlas.

(*Amar, servir y esperar*. Parte XXII.)

Zarpa la capitana,
tocan a leva
y los ecos responden
a las trompetas.

(*El Amete de Toledo*. Parte IX.)

Río de Sevilla,
¡quién te pasase
sin que la mi servilla
se me mojase!

Salí de Sevilla
a buscar mi dueño,
puse al pie pequeño
dorada servilla.

Como estoy a la orilla
mi amor mirando,
digo suspirando:
-¡Quién te pasase
sin que la mi servilla
se me mojase!

(*Amar, servir y esperar*.)

Letrillas jocosas

Mariquita me llaman
los carreteros;
Mariquita me llaman...
voime con ellos.

(*Servir a señor discreto*.)

Lavareme en el Tajo
muerta de risa,
que el arena en los dedos
me hace cosquillas.

Que no quiero bonetes,
que soy muy boba,
y en andando con picos
me pico toda.

Si te echares al agua,
bien de mis ojos,
llévame en tus brazos,
nademos todos.

(*La buena guarda* . Parte XV. Madrid, .)

Cuantas veces me brindan
tus ojos bellos,
como son de pimienta
bebo con ellos.

Mi forzado me dice

que no le sigo;

daré viento a las velas
con mis suspiros.

(*La octava maravilla* [-]. Parte X.)

A los carreteros
del buen Getafe
les rogaba la niña
que la llevasen.

Pásese, señora,
desotra banda,
que es aquella mula
falsificada.
Unta aquellas ruedas,
mozo de Judas,
que ninguno se mueve
si no le untan.
Hacia [a]trás se hagan
los de delante,
que se ahorcan las mulas
sin ser tratantes.
¡Cómo se arrellana
la madre tía!
¡Vive Dios que no lleve
vieja en mi vida!
Si en mi carro llevara
poetas solos,
no llevara un adarme
de viento en todos.
Dale âquella rucia,
que se desmanda;
alcaceres ha visto;
ser hembra basta.

(*El desconfiado*. Parte XIII.)

Canciones de San Juan

I

MÚSICOS

La mañana de San Juan, mozas,
vámonos a coger rosas.

UNO SOLO

Pues que tan clara amanece...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Y todo el campo florece...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Aquí hay verbena olorosa.

TODOS

Vamos a coger rosas,
la mañana de San Juan, mozas.
Vamos a coger rosas.

UNO

Adonde cantan las aves...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Y corren fuentes suaves...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Aquí convida la sombra.

TODOS

Vamos a coger rosas,
la mañana de San Juan, mozas,
vamos a coger rosas.

(*La hermosura aborrecida*. Parte VII.)

II

Íbase la niña,
noche de San Juan,
a coger los aires
al fresco del mar.
Miraba los remos
que remando van

cubiertos de flores,
flores de azahar.
Salió un caballero
por el arenal,
dijérale amores
cortés y galán.
Respondió la esquiva,
quísola abrazar,
con temor que tiene
huyendo se va.

Saliole al camino
otro por burlar,
las hermosas manos
le quiere tomar.
Entre estos desvíos
perdido se han
sus ricos zarcillos;
vanlos a buscar.
«¡Dejadme llorar
orillas del mar!»
«¡Por aquí, por allí los vi,
por aquí deben de estar!»
Lloraba la niña,
no los puede hallar,
danse para ellos,
quiérenla engañar.
«¡Dejadme llorar
orillas del mar!»
«¡Por aquí, por allí los vi,
por aquí deben de estar!»
«Tomad, niña, el oro
y no lloréis más,
que todas las niñas
nacen en tomar,
que las que no toman

después llorarán
el no haber tomado
en su verde edad».

(*El valor de las mujeres*. Parte XVIII. Madrid. .)

Seguidillas de la noche de San Juan

Salen de Valencia
noche de San Juan
mil coches de damas
al fresco del mar.
¡Cómo retumban los remos,
madre, en el agua,
con el fresco viento
de la mañana!
Despertad, señora mía,

despertad,
porque viene el alba
del señor San Juan.

(*Las flores de don Juan*. Parte XII. Madrid, .)

Vamos a la playa
noche de San Juan
que alegra la tierra
y retumba el mar.
En la paya hagamos
fiestas de mil modos,
coronados todos
de verbena y ramos.
A su arena vamos,
noche de San Juan,
que alegra la tierra
y retumba el mar.

(*El último godo*. Parte XXV.)

Villancico religioso

CORO

¿Quién tendrá alegría
sin la blanca niña

UNA VOZ

¿Quién podrá alegrarse
si tan lejos deja
aquella alba clara
que la tierra alegra
en casa desierta
del bien que tenía?

CORO

¿Quién tendrá alegría
sin la blanca niña?

(*La madre de la mejor*. Parte XVII.)

Letras sacras

I

A la clavelina,
a la perla fina,
a la aurora santa,
que el sol se levanta.
Clavelina hermosa,
perla de los cielos,
rocío divino,
soberano Verbo;
gusto que las nubes
a la tierra dieron
sobre el vellocino
más puro que el cielo.
Vuestra Madre Aurora,
día tan sereno
a la tierra ha dado
que os está diciendo,
puesto que en el cielo
de noche tan fría
a la clavelina
a la perla fría
a la aurora santa
que el sol se levanta.
Reina de los cielos,
Divina señora,
a fe que habéis dado

al mundo limosna,
que andaba gitano

fuera de la gloria
con esa moneda,
pues que vale sola
cuanto vale Dios.
Mirad si atesora
la ventura toda
que la tierra aguarda;
a la aurora santa
que el sol se levanta;
a la clavelina.

(*El Nacimiento de Cristo*. Parte XXIV. Zaragoza, . [Impresa ya desde].)

V

Mañanicas floridas
del frío invierno,
recordad a mi niño
que duerme al hielo.
Mañanas dichosas
del frío diciembre,
aunque el cielo os siembre
de flores y rosas,
pues sois rigurosas
y Dios es tierno,
recordad a mi niño
que duerme al hielo.

(*El cardenal de Belén*.)

VI

Temblando estaba de frío
el mayor fuego del cielo,
y el que hizo el tiempo mismo
sujeto al rigor del tiempo.

¡Ay niño tierno!
¿Cómo si os quema amor, tembláis de hielo?
El que hizo con su mano
los discordes elementos,
naciendo está, por el hombre
a la inclemencia sujeto.
¡Ay niño tierno!
¿Cómo si os quema amor, tembláis de hielo?

(*Los locos por el cielo*. Parte VIII. Madrid, .)

Gallarda

Al casamiento de Fabio
mayoral del monte nuestro
previenen fiestas y bailes
los pastores y vaqueros.
A danzar sale gallarda
la bella Inarda y Fineo
y aunque fuera diferente
fuera la gallarda en vellos.
Con una y otra mudanza
dan vueltas y trotan puestos
ya de guerra, ya de paz
siguiendo los instrumentos.
¡Al arma, al arma!
¡Al arma, pensamiento,
que quieren defenderse los deseos!
En alto me veo,
capillo de oro tengo,
moros veo venir;
no puedo huir
y aunque pudiera no quiero.
Ten, Amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.

Érame yo niña
y niña en cabello,
guardaba ganado,
no guardaba el pecho.
Andando cazando
viome el caballero;
palabras me dijo
que me enternecieron.
Ten, Amor, el arco quedo,

que soy niña y tengo miedo.
¡Al arma, al arma!
¡Al arma, pensamiento,
que quieren defenderse los deseos!
En alto me veo,
capillo de oro tengo,
moros veo venir;
no puedo huir
y aunque pudiera no quiero.
Ten, Amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.

(*Con su pan se lo coma*.)

Maya

Hicieron a Venus maya,
diosa interesable siempre,
los pastores de la isla
donde más imperio tiene.
Como los meses de mayo
eran sus mejores meses,
ya porque está verde todo
ya porque la diosa es verde,
Belisa y la bella Antandra
pedían con una fuente

y a la gente que pasaba
esto cantaban alegres
«Den para la maya,
que es hermosa y galana».
Pasó Riselo y les dio
un doblón para alfileres,
y Fabio para chapines,
que pies celebraba siempre.
Pasó Balo y no dio nada
y las pastoras al verle
tan cobarde en el dativo
le cantaron de esta suerte:
«Pase, pase al palado,
que no lleva blanca ni cornado».
Pasó Amor, y aunque desnudo
llevaba al cuello pendiente

un carcaj de flechas de oro
con plumas blancas y verdes.
«Dad para la maya,
el caballero,
que más vale honra
que no el dinero».
Amor entre las pastoras
flechas de oro repartía;
pensaba que era moneda
y a puñados las cogían.
Quedaron enamoradas
y Venus muerta de risa

de ver cómo le cantaban
y a propósito decían:
«Iba a coger miel la colmenera,
y picole una abeja por que no vuelva».

(*El laberinto de Creta*. Parte XVI.)

Baile

Por los jardines de Chipre
andaba el niño Cupido
entre las flores y rosas
jugando con otros niños.

La aljaba tiene colgada
de las ramas de un aliso;
por jugar con ella el viento
volaba de amor herido.
Las aves que en él cantaban,
los enamorados picos
trocaron, cuando la vieron
en hacer casados nidos.

Baile

Íbase el amor
por entre unos mirtos
en la verde margen
de un arroyo limpio.
Los niños en él
tras los pajarillos
que de rama en rama
saltan fugitivos.

En un verde valle
de álamos ceñido
vieron dos colmenas
en un verde sitio.
Los niños temieron
y Amor, atrevido,
probar de la miel
codicioso quiso.
Picole una abeja
y dando mil gritos
mostrando la mano
a su madre dijo:
«Abejitas me pican, madre;
¿qué haré, que el dolor es grande?».
Madre, la mi madre,
picome la abeja
que no hay miel tan du[l]ce
que después lo sea
porque no hay colmena
que después no amargue:
«Abejitas me pican, madre;
¿qué haré, que el dolor es grande?».

Danzar

Riyéndose Venus
tomole la mano,
rompió de su velo
un listón morado;
atole la herida
y dijo al muchacho:
«Sientes que una abeja
por tan breve rato
te pique en un dedo
costándole tanto

y no miras, niño,
del mundo tirano,
a cuantos has muerto
disparando el arco».

Baile

Desengáñese quien ama
y a hacer pesares se aplica,
que le han de picar si pica.

Danzar

No penséis, tirano Amor,
que habéis de picar con celos
que os darán fuego por yelos
y desdenes por favor;
y sepa quien al rigor
de hacer pesares se aplica
que le han de picar si pica.

Baile

Desengáñese, etc., etc.

Danzar

Luego bajaron de los altos montes
las ninfas a bailar al verde prado;
viendo que Amor lloraba de picado
celebraban con ellas los pastores
que con celos y amores las adoran
que amor llorase por quien tantos lloran.

Baile

No temáis del amor el arco
que el amor anda picado.
Ya no puede Amor
disparar las flechas,
que del interés
le picó una abeja;
si el aljaba deja
colgada de un árbol,
no temáis del Amor el arco
que el Amor anda picado.

Sonetos

La Arcadia

No queda más lustroso y cristalino
por altas sierras el arroyo helado
ni está más negro el ébano labrado
ni más azul la flor del verde lino;

más rubio el oro que de Oriente vino
ni más puro, lascivo y regalado
espira olor el ámbar estimado
ni está en la concha el carmesí más fino,

que frente, cejas, ojos y cabellos,
aliento y boca de mi ninfa bella,
angélica figura en vista humana;

que puesto que ella se parece a ellos
vivos están allí, muertos sin ella,
cristal, ébano, lino, oro, ámbar, grana.

Esparcido el cabello por la espalda
que fue del sol desprecio y maravilla,
Silvia cogía por la verde orilla

del mar de Cádiz conchas en su falda.

El agua, entre el hinojo de esmeralda
para que entrase más el curso humilla;
tejió de mimbre una alta canastilla
y púsola en su frente por guirnalda.

Mas cuando ya desamparó la playa,
«Mal haya, dijo, el agua, que, tan poca,
con su sal me abrasó pies y vestidos».

Yo estaba cerca y respondí: «Mal haya
la sal que tiene tu graciosa boca
que así tiene abrasados mis sentidos».

Silvio a una blanca cordillera suya
de celos de un pastor tiró el cayado
con ser la más hermosa del ganado.
¡Oh amor!, ¿qué no podrá la fuerza tuya?

Huyó quejosa, que es razón que huya
habiéndola sin culpa castigado;
lloró el pastor buscando el monte y prado,
que es justo que quien debe restituya.

Hallola una pastora en esta afrenta,
y al fin, la trajo al dueño, aunque tirano,
de verle arrepentido enternecida.

Diole sal el pastor, y ella contenta
la tomó de la misma injusta mano,
que un firme amor cualquier agravio olvida.

Ya no es Amor el atrevido arquero
que pinta de mortal saeta armado,
el dios desnudo y el rapaz vendado
blando a la vista y a las manos fiero.

Ya no es alarbe cazador ligero,
ni el hierro tira en áspides bañado,
ni es Etna ardiente, ni Moncayo helado,
ni viento de la mar, ni sol de hebrero.

¡Oh qué blando es Amor, que de una caña
ha hecho un arco y pasador que tira,
y la cuerda de un hilo sin sospecha!

Ya ni los cuerpos ni las almas daña,
mas juega como niño, burla y mira
y mata pajarillos con su flecha.

Rimas humanas

I

Versos de amor, conceptos esparcidos
engendrados del alma en mis cuidados,
partos de mis sentidos abrasados,
con más dolor que libertad nacidos;

expósitos al mundo en que perdidos
tan rotos anduvistes y trocados,
que sólo donde fuistes engendrados
fuérades por la sangre conocidos.

Pues que le hurtáis el laberinto a Creta,
a Dédalo los altos pensamientos,
la furia al mar, las llamas al abismo,

si aquel áspid hermoso no os aceta,
dejad la tierra, entretened los vientos,

descansaréis en vuestro centro mismo.

II

Cuando imagino de mis breves días
los muchos que el tirano amor me debe
y en mi cabello anticipar la nieve
más que los años las tristezas mías,

veo que son sus falsas alegrías
veneno que en el cristal la razón bebe
por quien el apetito se le atreve
vestido de mis dulces fantasías.

¿Qué hierbas del olvido ha dado el gusto
a la razón que sin hacer su oficio
quiere contra razón satisfacelle?

Mas consolarse quiere mi disgusto,
que es el deseo del remedio indicio
y el remedio de amor querer vencelle.

IV

Era la alegre víspera del día
que la que sin igual nació en la tierra
de la cárcel mortal y humana guerra
para la patria celestial salía;

era la edad en que más viva ardía
la nueva sangre que mi pecho encierra
cuando el consejo y la razón destierra
la vanidad que el apetito guía,

cuando amor me enseñó la vez primera
de Lucinda en su sol los ojos bellos
y me abrasó como si rayo fuera.

Dulce prisión y dulce arder por ellos;
sin duda que su fuego fue mi esfera,
que con verme morir descanso en ellos.

VII

Éstos los sauces son y ésta la fuente,
los montes éstos y ésta la ribera
donde vi de mi sol la vez primera
los bellos ojos, la serena frente.

Éste es el río humilde y la corriente
y ésta la cuarta y verde primavera
que esmalta el campo alegre y reverbera
en el dorado Toro el sol ardiente.

Árboles, ya nudó su fe constante...
Mas ¡oh gran desvarío!, que este llano
entonces monte le dejé sin duda.

Luego no será justo que me espante,
que mude parecer el pecho humano,
pasando el tiempo que los montes muda.

VIII

De hoy más las crespas sienes de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.

Lucinda en ti bañó su planta hermosa;
bien es que su dorado nombre heredes
y que con perlas por arenas quedes
mereciendo besar su nieve y rosa.

Y yo envidiar pudiera tu fortuna,
mas he llorado en ti lágrimas tantas
(tú buen testigo de mi amargo lloro),

que mezclada en tus aguas pudo alguna
de Lucinda tocar las tiernas plantas
y convertirse en tus arenas de oro.

IX

Tu ribera apacible, ingrato río,
y las orillas que en tus ondas bañas
se vuelvan peñas cóncavas y extrañas
y fuego tu licor sabroso y frío.

Ábrase un rayo tu frescor sombrío,
los rojos lirios y las verdes cañas,
niéguente el agua sierras y montañas
y sólo te acompañe el llanto mío.

Hasta la arena que al correr levantas
se vuelva fieros áspides airados.
Mas ¡ay, cuán vana maldición esperas!

Que cuando en ti mi sol bañó sus plantas,
con ofenderla tú, dejó sagrados
lirios, orilla, arena, agua y riberas.

X

Cuando pensé que mi tormento esquivo
hiciera fin, comienza mi tormento
y allí donde pensé tener contento
allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo

me trujo sangre el triste pensamiento;
los bienes que pensé gozar de asiento
huyeron más que el aire fugitivo.

Cuitado yo, que la enemiga mía
ya de tibieza en hielo se deshace,
ya de mi fuego se consume y arde.

Yo he de morir y ya se acerca el día,
que el mal en mi salud su curso hace
y cuando llega el bien es poco y tarde.

XII

Así en las olas de la mar feroces,
Betis, mil siglos tu cristal escondas
y otra tanta ciudad sobre tus ondas
de mil navales edificios goces;

así tus cuevas no interrumpan voces
ni quillas toquen ni permitan sondas
y en tu campo tan fértil correspondas
que rompa el trigo las agudas hoces;

así en tu arena el indio margen rinda
y al avariento corazón descubras
más barras que en ti mira el cielo estrellas,

que si pusiere en ti sus pies Lucinda
no por besallos sus estampas cubras,
que estoy celoso y voy leyendo en ellas.

XIV

Vierte racimos la gloriosa palma
y sin amor se pone estéril luto;
Dafnes se queja en su laurel sin fruto,

Narciso en blancas hojas se desalma.

Está la tierra sin la lluvia en calma,
viles hierbas produce el campo enjuto;
porque nunca pagó el amor tributo
gime en su piedra de Anaxarte el alma.

Oro engendra el amor de agua y de arenas;
porque las conchas aman el rocío
quedan de perlas orientales llenas.

No desprecies, Lucinda hermosa, el mío,
que al trasponer del sol, las azucenas
pierden el lustre y nuestra edad el brío.

LXXVIII

Al triunfo de Judit

Cuelga sangriento de la cama al suelo
el hombro diestro del feroz tirano
que opuesto al muro de Betulia en vano
despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano
del tronco horrible convertido en hielo.

Vestido Baco, el fuerte arnés afea
los vasos y la mesa derribada,
duermen las guardas que tan mal emplea

y sobre la muralla coronada
del pueblo de Israel, la casta hebrea
con la cabeza resplandece armada.

CI

Cayó la torre que en el viento hacían
mis altos pensamientos castigados
que yacen por el suelo derribados
cuando con sus extremos competían.

Atrevidos al sol llegar querían
y morir en sus rayos abrasados,
de cuya luz contentos y engañados
como la ciega mariposa ardían.

¡Oh siempre aborrecido desengaño,
amado al procurarte, odioso al verte,
que en lugar de sanar abres la herida!

Pluguiera a Dios duraras, dulce engaño,
que si ha de dar un desengaño muerte,
mejor es un engaño que da vida.

CXXVII

Con una risa entre los ojos bellos
bastante a serenar los accidentes
de los cuatro elementos diferentes
cuando muestra el amor del alma en ellos:

con dulce lengua y labios, que por ellos
muestra los blancos y menudos dientes,
con palabras tan graves y prudentes,
que es gloria oíllas si es descanso vellos;

con vivo ingenio y tono regalado,
con clara voz y pocas veces mucha,
con poco afecto y con serena calma,

con un descuido en el mayor cuidado
habla Lucinda... ¡Triste del que escucha,
pues no le puede responder con alma!

CXXXV

Cuando digo a Lucinda que me mata
y que me hiela y juntamente enciende,
libre responde que mi mal no entiende
como quien ya de no pagarme trata.

¡Ay, de mi amor satisfacción ingrata,
pues lo que un monte, un árbol comprehende
niega Lucinda, que mi mal pretende
y la esperanza de mi bien dilata!

Montes que de mi mal testigos fuistes,
piedras donde lloré, corrientes ríos
que con mis tiernas lágrimas crecistes,

decidle mis confusos desvaríos,
declaradle mi mal, paredes tristes,
pues alma os dieron los suspiras míos.

CLXXV

Deseando estar dentro de vos propia,
Lucinda, para ver si soy querido,
miré ese rostro, que del cielo ha sido
con estrellas y sol natural copia.

Y conociendo mi bajeza impropia
vime de luz y resplandor vestido
en vuestro sol, como Faetón perdido
cuando abrasó los campos de Etiopía.

Ya cerca de morir dije: Teneos,
deseos locos, pues lo fuistes tanto
siendo tan desiguales los empleos.

Mas fue el castigo, para más espanto,
dos contrarios, dos muertes, dos deseos,
pues muero en fuego y me deshago en llanto.

CLXXXVIII

Suelta mi manso, mayoral extraño,
pues otro tienes de tu igual decoro,
deja la prenda que en el ama adoro,
perdida tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño
y no le engañen tus collares de oro;
toma en albricias este blanco toro
que a las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino
pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suelta y verasle si a mi choza viene,
que aún tienen sal las manos de su dueño.

CLXXXIX

Querido manso mío que venistes
por sal mil veces junto aquella roca
y en mi grosera mano vuestra boca
y vuestra lengua de clavel pusistes,

¿por qué montañas ásperas subistes
que tal selvatiquez el alma os toca?,
¿qué furia os hizo condición tan loca
que la memoria y la razón perdistes?

Paced la anacardina por que os vuelva
de ese cruel y interesable sueño
y no bebáis del agua del olvido.

Aquí está vuestra vega, monte y selva,
yo soy vuestro pastor y vos mi dueño,
vos mi ganado y yo vuestro perdido.

Rimas sacras

I

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por donde he venido,
me espanto de que un hombre tan perdido
a conocer su error haya llegado.

Cuando miro los años que he pasado
la divina razón puesta en olvido,
conozco que piedad del cielo ha sido
no haberme en tanto mal precipitado.

Entré por laberinto tan extraño
fiando al débil hilo de la vida
el tarde conocido desengaño,

mas de tu luz mi oscuridad vencida,
el monstruo muerto de mi ciego engaño
vuelve a la patria, la razón perdida.

XIV

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño:
tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tiendes los brazos poderosos,

vuelve los ojos a mi fe piadosos
pues te confieso por mi amor y dueño
y la palabra de seguirte empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados
pues tan amigo de rendidos eres.

Espera, pues, y escucha mis cuidados...
Pero ¿cómo te digo que me esperes
si estás para esperar los pies clavados?

XV

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas con vergüenza he respondido,
desnudo como Adán, aunque vestido
de las hojas del árbol del pecado!

Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una Cruz asido,
y atrás volví otras tantas atrevido,
al mismo precio que me habéis comprado.

Besos de paz os di para ofenderos,
pero si fugitivos de su dueño
hierran cuando los hallan los esclavos,

hoy me vuelvo con lágrimas a veros

clavadme vos a vos en vuestro leño
y tendreisme seguro con tres clavos.

XVIII

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno escuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el yelo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
«¡Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!».

¡Y cuánta[s], hermosura soberana:
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

La Circe, con otras rimas y prosas

I

Amor con tan honesto pensamiento
arde en mi pecho y con tan dulce pena,
que haciendo grave honor de la cadena
para cantar me sirve de instrumento.

No al fuego humano, al celestial atento
en alabanza de Amarilis suena
con esta voz que el curso al agua enfrena,
mueve la selva y enamora el viento.

La luz primera del primero día
luego que el sol nació, toda la encierra,
círculo ardiente de su lumbre pura,

y así también cuando tu sol nacía
todas las hermosuras de la tierra
remitieron su luz a tu hermosura.

Imitación de Marco Antonio Flaminio

V

Cuando con puntas de marfil labrado
animas, labradora, el instrumento,
cantando en sonoroso y limpio acento
los dulces hurtos del amor al prado,

ni suena arroyo en éxtasis parado,
ni entre las hojas se deleita el viento,
ni por estar a tu dulzura atento
se escucha voz de pájaro pintado.

Duerme inocente el lobo, que ha vencido
el son divino de tu dulce lira,
y entre el mismo ganado está rendido.

Pues donde tu suave acento admira
a quien falta razón, vida y sentido,
¿qué hará con alma quien por ti suspira?

Triunfos divinos

Temores en el favor

Cuando en mis manos, rey eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto
y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto,
que arrepentido de ofenderos tanto
con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos;

no sean tantas las desdichas nuestras
que a quien os tuvo en sus indignas manos
vos le dejéis de las divinas vuestras.

El laurel de Apolo, con otras rimas

-Boscán, tarde llegamos. -¿Hay posada?
-Llamad desde la posta, Garcilaso.
-¿Quién es? -Dos caballeros del Parnaso.
-No hay donde nocturnar palestra armada.

-No entiendo lo que dice la criada.
Madona, ¿qué decís? -Que afecten paso,
que ostenta limbos el mentido ocaso
y el sol depingen la porción rosada.

-¿Estás en ti, mujer? -Negose al tino
el ambulante huésped-. ¡Que en tan poco
tiempo tal lengua entre cristianos haya!

Boscán, perdido habemos el camino,
preguntad por Castilla, que estoy loco
o no habemos salido de Vizcaya.

La Dorotea

Canta pájaro amante en la enramada
selva a su amor, que por el verde suelo
no ha visto el cazador que con desvelo
le está escuchando, la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela y la turbada
voz en el pico transforma en yelo,
vuelve y de ramo en ramo acorta el vuelo
por no alejarse de la prenda amada.

Desta suerte el amor canta en el nido;

mas luego que los celos que recela
le tiran flechas de temor de olvido,

huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
y hasta que ve que el cazador es ido
de pensamiento en pensamiento vuela.

Quejosas, Dorotea, están las flores
que los colores las habéis hurtado
y la frígida nieve se ha quejado
de que mayores son vuestros rigores.

Quejoso está el amor, que los amores
se han remitido a vuestro pecho helado
y el sol, que en vuestros ojos abrasado
desprecia los laureles vencedores.

Quejosa está de vos naturaleza
por vuestra condición áspera y dura,
que para humana os dio tanta belleza.

O menos perfección o más blandura,
que a presumir de vos tanta dureza,
¿cómo os pudiera dar tanta hermosura?

XLIV

A una dama que llamando a su puerta le dijo desde la ventana: «Dios provea»

Señora, aunque soy pobre, no venía
a pediros limosna; que buscaba
un cierto licenciado que posaba
en estas casas cuando Dios quería.

Extraña siempre fue la estrella mía;
que a un pobre parecí desde la aldaba,
pues ya que a la ventana os obligaba,
trujistes desde allá la fantasía.

No porque culpa vuestro engaño sea,
que a tal «Dios le provea» no replican
mis hábitos, que son de ataracea.

No mis letras, mis penas significan;
pero ¿cómo queréis que me provea,
si tales como vos se lo suplican?

CLIII

Aconseja a un amigo como cortesano viejo

Don Juan, no se le dar a un hombre nada
de cuanto va y viene, es cuerdo efeto;
que toda la quietud del que es discreto
en solo este aforismo está fundada.

¿Qué Gobierno, qué ejército, qué armada
corre por vuestra cuenta? Lo perfeto
es el descuido y el tener secreto
cuanto da pesadumbre y cuanto enfada.

Nunca os halléis en juntas ni en corrillos,
que es cuerdo de las bestias el rodeo,
ni en estas ruedas de amolar cuchillos.

Haced de la virtud secreto empleo:
que yo en mi pobre hogar, con dos librillos,
ni murmuro, ni temo, ni deseo.

Sonetos

Teatro

Burlas de amor

Dulce, atrevido pensamiento loco,
¿adónde te levantas por mi daño?
Ligeras alas de un gustoso engaño,
¿adónde me lleváis? Tened un poco.

Divinos ojos, vuestra luz invoco,
que me despeña un fácil desengaño,
y en el principio del camino extraño
la sombra de la muerte piso y toco.

Camina, dulce fin de mis enojos,
a cuyas bellas manos e inclemencia
me trujo atado la enemiga suerte,

vuelve a mi alma tus hermosos ojos,
y muérame yo allí si en tu presencia
tiene poder la rigurosa muerte.

La Corona de Hungría

[-]

Corona, ilustre luz, baña y colora
de nueva plata el horizonte ufano,
bajen tus rayos de la cumbre al llano,

que ya te espera en sus alfombras Flora.

Desciende, sol, a tu querida aurora,
encrespa, enriza con dorada mano

la blanca nieve a su cabello cano,
bebe sus perlas y sus nubes dora.

Aliña el carro de oro, date [priesa],
tú mismo tu presteza desafía
y por signos y estrellas atraviesa.

Báñame el alma en gozo y alegría,
pues ya la noche de mis males cesa
y de mis bienes amanece el día.

La niña de plata

Un soneto me manda hacer Violante,
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen que es soneto,
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante
y estoy a la mitad de otro cuarteto,
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo y aun sospecho
que voy los trece versos acabando;
contad si son catorce y está hecho.

La discreta venganza

El humo que formó cuerpo fingido,
que cuando está más denso para en nada;
el viento que pasó con fuerza airada
y que no pudo ser en red cogido;

el polvo en la región desvanecido
de la primera nube dilatada;
la sombra que, la forma al cuerpo hurtada,
dejó de ser, habiéndose partido,

son las palabras de mujer. Si viene
cualquiera novedad, tanto le asombra,
que ni lealtad ni amor ni fe mantiene.

Mudanza ya, que no mujer, se nombra,
pues cuando más segura, quien la tiene,
tiene polvo, humo, nada, viento y sombra.

Querer la propia desdicha

Celos, que amor en las sospechas cría,
son de la paz una insufrible ausencia,
una solicitud y diligencia
que mueve la turbada fantasía.

Son una indivisible compañía
celos y amor, y aun pienso que una esencia,
pero con esta sola diferencia,
que celos son la noche, amor el día.

Forzosos celos son, no son violentos;
apenas nace amor, cuando los llama,
nadie puede entender sus movimientos,

ninguno defenderse de su llama,
porque si son los celos pensamientos,
¿quién puede no pensar perder lo que ama?

La Arcadia

I

Por la florida orilla
de un claro y manso río
de salvia y de verbena coronado,
al tiempo que se humilla
al planeta más frío
con templado calor el sol dorado,
libre, solo y armado
de acero, olvido y nieve,
pasaba peregrino,
ya fuera del camino
del juvenil ardor que el pecho mueve,
cuando al salir Apolo
un niño vi venir, desnudo y solo.

Rubio el cabello de oro
con una cinta preso
que los hermosos ojos le cubría,
y como alarbe o moro
de innumerable peso
un carcax que del cuello le pendía;
y como quien vivía
de saltear los hombres,
un arco puesto a punto;
mas cuando le pregunto
que me diga sus títulos y nombres,
respóndeme arrogante,
niño en la vista y en la voz gigante:

-Yo soy aquél que suelo
con apacible guerra,
con alegre dolor y dulces males,
desde el supremo cielo
hasta la baja tierra
herir los dioses, hombres y animales.
Transformaciones tales
jamás Circe las supo,
porque un hechizo formo
con que mudo y transformo
cualquiera ser que de mi fuego ocupo,
y al alma que condeno
la hago yo vivir en cuerpo ajeno.

Fácil tengo la entrada,
difícil la salida,
ablándame el desprecio y cansa el ruego,
ni hay alma tan helada
o en piedra convertida
que no enternezca mi amoroso fuego.
Por eso, rinde luego
las armas arrogantes
de que vas victorioso,
que el rayo más furioso
se templa con miles flechas penetrantes,
y lloran mis agravios
igualmente los fuertes y los sabios.

Yo respondile entonces:
-Mal me conoces, niño;
mira que soy un capitán valiente
que en mármoles y bronces,
con ésta que me ciño,
hago escribir mis hechos a la gente.
¿Cómo tu fuego ardiente
o tus blandos suspiros
pueden temer los brazos

[volar] tanto escuadrón, entre los tiros
que han visto en mil pedazos
de la pólvora fiera,
que vence el fuego de su mesma esfera?

Yo al duro, helado hibierno
y al verano abrasado,
de iguales armas y valor vestido,
llevando a mi Gobierno

el escuadrón formado,
tanta varia nación he combatido,
que tengo convertido
en duro acero el pecho;
por eso en paz te torna,
que mi espada no adorna
las puertas de tu templo sin provecho,
ni pueden tales ojos
humillarse a tus lágrimas y enojos.

Así le replicaba
cuando de entre unas hiedras
una hermosura celestial salía,
que no lo que miraba,
pero las mesmas piedras
en ceniza amorosa convertía.
Amor, que ya me vía
con pensamientos vanos
apercibir defensa,
a la primera ofensa
me derribó la espada de las manos,
y en viéndome tan ciego
lloré, rendime y abraseme luego.

En esto al verde llano
un carro victorioso
dos tigres ya domésticos trajeron;
asió el amor la mano
de aquel rostro amoroso

y juntos a su trono se subieron,
y los que allí me vieron,
entre sus pies me ataron,
y al fin sus ruedas fieras
mis [armas] y banderas
por despojos vencidos adornaron,
llevándome cautivo
adonde agora lloro, muero y vivo.

Más todo vencimiento es más victoria,
y aquesta pena gloria,
con sólo que me mire Isbella un día
y entre sus ojos arda el alma mía.

II

En una playa amena

a quien el Turia perlas ofrecía
de su menuda arena,
y el mar de España de cristal cubría,
Belisa estaba a solas,
llorando al son del agua y de las olas.

«Fiero, cruel esposo»,
-los ojos hechos fuentes repetía;
y el mar, como envidioso,
a tierra por las lágrimas salía,
y alegre de cogerlas,
las guarda en conchas y convierte en perlas-.

«Traidor, que estás agora
en otros brazos, y a la muerte dejas
el alma que te adora,
y das al viento lágrimas y quejas:
si por aquí volvieres,
verás que soy ejemplo de mujeres.

Que en esta mar furiosa
hallaré de mi fuego la templanza,

ofreciendo animosa
al agua el cuerpo, al viento la esperanza,
que no tendrá sosiego
menos que en tantas aguas tanto fuego.

¡Ay tigre! Si estuvieras
en este pecho, donde estar solías,
muriendo yo murieras,
mas prendas tengo en las entrañas mías
en que verás que mato
a falta de tu vida tu retrato».

Ya se arrojaba, cuando
salió un delfín con un bramido fuerte,
y ella, en verle temblando,
volvió la espalda al rostro y a la muerte,
diciendo: «Si es tan fea,
yo viva y muera quien mi mal desea».

III

¡Oh libertad preciosa,

no comparada al oro
ni al bien mayor de la espaciosa tierra;
más rica y más gozosa
que el precioso tesoro
que el mar del sur entre su nácar cierra!
Con armas, sangre y guerra,
con las vidas y famas
conquistada en el mundo;
paz dulce, amor profundo,
que el mal apartas y a tu bien nos llamas:
en ti sola se anida
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas
tinieblas, vi del cielo

la luz, principio de mis dulces días,
aquellas tres hermanas
que nuestro humano velo
tejiendo llevan por inciertas vías,
las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo,
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia
quien más leyere en ella,
que es dulce libertad lo menos della.

Yo, pues, señor exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo;
soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que entretengo.
Cuando a las manos vengo
con el muchacho ciego,
haciendo rostro embisto,
venzo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
y con libre albedrío
lloro el ajeno mal y canto el mío.

Cuando el aurora baña
con helado rocío
de aljófar celestial el monte y prado,
salgo de mi cabaña,
riberas deste río,
a dar el nuevo pasto a mi ganado;
y cuando el sol dorado
muestra sus fuerzas graves,

al sueño el pecho inclino
debajo un sauce o pino,
oyendo el son de las parleras aves,

o ya gozando al aura,
donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche fría
con su estrellado manto
el claro día en su tiniebla encierra,
y suena en la espesura
el tenebroso canto
de los nocturnos hijos de la tierra,
al pie de aquesta sierra
con rústicas palabras
mi ganadillo cuento,
y el corazón contento
del gobierno de ovejas y de cabras,
la temerosa cuenta
del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
con la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color de cera
la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada;
aquí de la enramada
parra que al olmo enlaza
melosas uvas cojo,
y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza
el caluroso estío,
membrillos que coronan este río.

No me da descontento
el hábito costoso
que de lascivo el pecho noble infama:
es mi dulce sustento
del campo generoso
estas silvestres frutas que derrama.

Mi regalada cama
de blandas pieles y hojas,
que algún rey la envidiara,
y de ti, fuente clara,
que bullendo el arena y agua arrojas,
estos cristales puros,
sustentos pobres, pero bien seguros.

Estese el cortesano
procurando a su gusto
la blanda cama y el mejor sustento;
bese la ingrata mano
del poderoso injusto,
formando torres de esperanza al viento;
viva y muera sediento
por el honroso oficio,
y goce yo del suelo,
al aire, al sol y al hielo
ocupado en mi rústico ejercicio,
que más vale pobreza
en paz que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso
ni al rico linsojeo,
ni soy camaleón del que gobierna:
ni me tiene envidioso
la ambición y deseo
de ajena gloria ni de fama eterna.
Carne sabrosa y tierna,
vino aromatizado,
pan blanco de aquel día,
en prado, en fuente fría,
halla un pastor con hambre fatigado;
que el grande y el pequeño
somos iguales lo que dura el sueño.

IV

Sola esta vez quisiera,
dulce instrumento mío, me ayudaras,
por ser ya la postrera,
y que después colgado te quedaras
de aqueste sauce verde,
donde mi alma llora el bien que pierde.

Mas pues que de ti siento
que estás con mis desdichas acordado,
suene tu ronco acento
en mis amargas quejas destemplado;
celebre mi partida
cual cisne al despedirse de la vida.

Destas verdes riberas

que el rico Tajo con sus aguas baña,
parto a ver las postreras,
que vierten las que bebe el mar de España,
si primero que allego
entre las de mis ojos no me anego.

Ya quedarán vengados
mis fieros, envidiosos enemigos,
y del todo olvidados
de mis puras entrañas mis amigos;
libre de toda guerra,
sepultará mi cuerpo ajena tierra.

Temo que muerto quede
antes que parta si lo siento tanto,
que, en fin, acabar puede
más que el ajeno mal el propio llanto,
que las armas ajenas
no matan tanto como propias penas.

Dulce señora mía,
ya de nuestro llorado apartamiento

llegó el amargo día;
las velas y esperanzas doy al viento;
de vos me aparto y quedo,
si con dejar el alma partir puedo.

¡Ay dulce y cara España,
madrastra de tus hijos verdaderos,
y con piedad extraña
piadosa madre y huésped de extranjeros!
Envidia en ti me mata,
que toda patria suele ser ingrata.

Pero porque es mi gloria
vengar mis enemigos con mi ausencia,
tendré por más victoria
igualar con su envidia mi paciencia,
que no sufrir la furia
del que a sí no se ve y al otro injuria.

Del español robusto
se ríe el alemán, y el rubio franco
del etíope adusto;
mas si se mira bien, ¿quién hay tan blanco
que alguna cosa fea

o pasada o presente en sí no vea?

Dichoso el que ha nacido
lleno de faltas y desgracias fieras,
ni de la fama ha sido
llevado por naciones extranjeras,
que a quien la envidia deja,
de amigo ni enemigo tiene queja.

Los mismos de quien hice
mayores confianzas me vendieron,
porque me satisfice
de aquella falsedad con que vinieron
sólo a saber mi intento,
para regir por él su pensamiento.

¡Con qué pena importuna

trata su tierra al hombre que en la ajena,
buscando su fortuna,
se ofrece a tanto mal, peligro y pena!
¡Qué duras sinrazones
le llevan a tratar otras naciones!

Que como el viento airado
suele arrojar el pájaro del nido,
o del granizo helado
suele ser derribado y combatido,
así del patrio suelo
me arrojan iras del contrario cielo.

Y como el lobo fiero
saca de la manada el corderillo
que vino a dar primero
a sus crueles dientes que al cuchillo,
así la envidia fiera
me ha querido matar antes que muera.

El enemigo cierto,
puesto que ofenda, ofende declarado,
y el daño descubierto
o se sufre mejor o es remediado;
de mano del amigo
es en los hombres el mayor castigo.

¡Ay destierros injustos,

que en la mañana hermosa de mis años
anochecéis mis gustos!
Mas puede ser que viva en los extraños,
que lo que desestima
la tierra propia, la extranjera estima.

Yo parto a ser ejemplo
de vanas esperanzas y favores,
porque ya me contemplo
fuera de sus envidias y temores,
donde acabe mi vida
pobre, envidiada, triste y perseguida.

V

Cuando sale el alba hermosa
coronada de violetas,
crece el crepúsculo al día
por contemplar tu belleza;
la luz de la tuya envidia,
que el norte a tus ojos llevas,
adonde es para los míos
acaso tu larga ausencia.
No hay planeta que contigo
indignado el rostro tenga,
ni resplandor que se iguale
de las suyas a tu esfera.
Las nubes del occidente
menos bordadas se muestran,
el cielo cuando te mira
de que te formó se alegra.
El sol a Júpiter dice
que eres el sol de la tierra
y que aumentas con tus ojos
las minas de su riqueza.
La luna de ti celosa,
que te da más luz se queja;
hasta las estrellas grandes,
que parecen más pequeñas.
Alba, crepúsculo, día,
luz, norte, ocaso, planetas,
resplandor, esferas, nubes,
cielo, sol, luna y estrellas:
unas se alegran y otras se querellan,
que adonde sales tú se esconden ellas.
Los blandos jazmines miro
que con tu frente se afrentan:

las rosas con tus mejillas

hace Venus que se atrevan;
con tus labios los claveles
más se encienden de vergüenza,
que el alhelí, jaspeado
de blanco y rojo, desprecian.
¿Cuál azucena se iguala
a tu cuello y manos bellas?,
¿qué junquillo y mirasol
a tu esparcida madeja?,
¿qué azâr a tu aliento manso,
qué lirio a tus limpias venas,
qué mosquetas a tus pechos,
donde la nieve se engendra?
Jazmines, rosas, claveles,
alhelíes, azucenas,
junquillos y mirasoles,
azahar, lirios, mosquetas,
ninguna se compara, ninfa bella,
a tu hermosura y celestial belleza.
Esmeraldas son tus ojos
y topacios tu cabeza,
donde el oro que se cría
nace adonde tú te peinas;
plata bruñida es tu cuerpo,
o el cristal que el viento hiela;
de la piedra girasol
tu vista hurtó la belleza.
Amatistes y zafiros
ser esmeraldas quisieran
para tener con tus ojos
sobre el color competencia.
El coral, verde en el agua,
muere porque tú le veas,
que hará en el agua tu boca

lo que hace el sol en la tierra;
que como él engendra el oro,
color puede engendrar ella,
y dar en su nácar mismo
blancura y lustre a las perlas.
Esmeraldas y topacios,
oro, plata, cristal, piedras,
girasoles, amatistes,
zafiros, coral y perlas,
donde asiste, señora, tu belleza,
tú tienes el valor, y ellos son piedras.
¡Ay, si mereciese un alma
tan grande como contemplas,
que todo este cuerpo ocupa
por no ofrecerla pequeña,
que te dignases de amar
un hombre de tantas prendas,
¿qué te daría, Crisalda,

de regalos y riquezas?
Perdices te ofrecería,
vivas en la misma percha,
con el pico y los pies rojos
que estampan en el arena;
las calandrias que madrugan,
las mirlas, a quien enseña
naturaleza a cazar
las hormigas con la lengua;
el gavilán pardo y libre,
la filomena parlera,
que el verano alegre anuncia
a las fuentes destas selvas;
el águila bajaría,
cuando es pollo, destas peñas;
la tórtola enamorada,
que con arrullos se besa;

la grulla, muerta en las viñas,
no de noche, cuando vela,
que no soy el monte Tauro
para pasarme con piedras;
los ánades, de oro y verde
bordadas las plumas nuevas
del cuello, y del azul las alas,
que bien nadan y mal vuelan;
los pavos, donde los ojos
de Argos sirvieron de rueda,
y con las cercetas pardas
cuantas el aire sustenta.
Perdices, calandrias, mirlas,
gavilanes, filomenas,
águilas, tórtolas, grullas,
ánades, pavos, cercetas,
para poderte regalar trujera
de nidos, montes, árboles y peñas.
Las guindas rojas, maduras,
los madroños de las sierras
donde el erizo en sus puntas
los ensarta como cuentas;
la castaña, armada en balde,
los membrillos de las vegas,
que al miedo el color hurtaron
y la forma a las camuesas;
las uvas verdes y azules,
blancas, rojas, tintas, negras,
pendientes de los sarmientos
los racimos y hojas secas;
del almendro flor y fruto,
que uno sabe y otro alegra,
la endrina, con la flor cana,
y la olorosa cermeña;
las nueces, secas y verdes,

que por que esas manos bellas
no se tiñan de limpiallas,
te dieran sus blancas piernas;
la pera, el níspero duro,
que se madura en la yerba,
la serba, roja en el árbol
y parda cuando aprovecha:
guindas, madroños, castañas,
membrillos, uvas, almendras,
endrinas, cermeñas, nueces,
peras, nísperos y serbas
al tiempo que madrugan te trujera
de incultos montes y labradas huertas.
La liebre cobarde viva
cuando olvidada se acuesta,
el conejo bullicioso
que se espanta de las yerbas;
el cabritillo manchado,
el oso con la colmena,
el gamo en la brama herido,
los corzos con las saetas,
las ciercas dentro del agua
cuando su ponzoña llevan;
el jabalí colmilludo,
de quien Venus se lamenta;
el toro que no ha sentido
a qué parte el yugo aprieta,
porque no corte Alejandro
las dos conyundas revueltas;
el tigre, lleno de manchas
que algún caballo desea,
el espín, lleno de rayos,
imagen de la soberbia;
la cabra montés, que vista
desde los pies de una sierra,

parece que de las ramas
como fruto asida cuelga:
liebres, conejos, cabritos,
osos, gamos, corzos, ciervas,
jabalíes, toros, tigres,
espines, cabras montesas
para comer y para ver te diera
destas montañas y de aquellas selvas.
Cuando quisieras pescados,
con redaya, plomo y cerdas,
mares, lagunas y ríos
me dieran sabrosa pesca:
la verde rana que canta,
de que comieras la media,
porque se dice que tienen
gusto de mujeres feas;

el pez de escamas de plata;
el camarón, lleno de hebras;
la langosta, que cocida
tiene de coral las piezas;
la trucha, lisa y pintada;
la murena, verde y negra;
la concha, que con la luna
abre y cierra, crece y mengua;
el cangrejo, torpe y feo;
el zafío, como oreja;
el delfín, músico y dulce,
astrólogo en las tormentas;
las focas, con quien Teseo
mató a Hipólito por Fedra,
y hasta las ballenas grandes,
que el ámbar precioso engendran.
Ranas, peces, camarones,
langostas, truchas, murenas,

conchas, cangrejos, zafíos,
delfines, focas, ballenas,
y cuanto el mar, el aire, el suelo encierra,
si me quieres ofrezco a tu belleza.

VI

La verde primavera
de mis floridos años
pasé cautivo, amor, en tus prisiones,
y en la cadena fiera,
cantando mis engaños,
lloré con mi razón tus sinrazones,
amargas confusiones
del tiempo que has tenido
ciega mi alma y loco mi sentido.

Mas ya que el fiero yugo
que mi cerviz domaba
desata el desengaño con tu afrenta,
y al mismo sol enjugo
que un tiempo me abrasaba
la ropa que saqué de la tormenta,
con voz libre y exenta
al desengaño santo
consagro altares y alabanzas canto.

Cuanto contento encierra
contar su herida el sano

y en la patria su cárcel el cautivo
entre la paz y guerra,
y el libre del tirano,
tanto en cantar mi libertad recibo,
¡oh mar, oh fuego vivo,
que fuiste al alma mía
herida, cárcel, guerra y tiranía!

Quédate, falso amigo,
para engañar a aquéllos
que siempre están contentos y quejosos,
que desde aquí maldigo
los mismos ojos bellos
y aquellos lazos dulces y amorosos
que un tiempo tan hermosos
tuvieron, aunque injusto,
asida el alma y engañado el gusto.

Quede por las cortezas
de aquestos verdes árboles,
ingrata fiera, con mi fe tu nombre;
imprima en las durezas
de aquestos blancos mármoles
mi ejemplo amor, que a todo el mundo asombre,
y sépase que un hombre
tan ciego y tan perdido
su vida escribe y llora arrepentido.

Rimas humanas

Elisio

-Luz que alumbras el sol, Lucinda hermosa,

que aun no te precias de volver los ojos
al alma que llamabas dueño suyo:
si vives, porque vivo, desdeñosa,
acaba con mi vida tus enojos,
pues no has de hallar defensa en lo que es tuyo.
El cuello es éste, no dirás que huyo;
desnudo de mi propia resistencia
le ofrezco a tu inclemencia-.
Así lloraba Elisio al pie de un monte

cuando nuestro horizonte
el primero crepúsculo doraba,
por quien la noche fría,
que la luz de sus rayos respetaba,
huyendo a los antípodas volvía.

Puestos los ojos en las bellas lumbres
con lástima de sí prosigue el llanto,
diciendo: -¡Oh sol, que con tus rayos bellos
bañas las verdes, elevadas cumbres
destos rígidos montes, cuyo manto
de blanca nieve se regala en ellos!
La noche, con sus húmedos cabellos,
mis lágrimas creció, mi amada pena,
de negras sombras llena,
y en tu presencia tuvo confianza
de verme en la bonanza
que tu divina luz me prometía,
mas mi dolor renuevo
viendo que sale el día
y que comienzo a padecer de nuevo.

Porque si pienso en la mortal tristeza
que tuve y tengo y que el dolor dilata,
iguales son o la presente crece;
hallo que va creciendo mi firmeza,
hiedra de tu rigor, Lucinda ingrata,
y que quien a la noche [me] aborrece
con mayores desdenes amanece.
¡Oh escura noche, de temor vestida!
Pues ¿cómo?, ¿que en mi vida
un solo día de placer no haya?
¿Que venga el sol y vaya
por este nuestro y el opuesto polo
y no me toque a mí su lumbre pura?
¡Oh peregrino solo
de amor ciego, del alma noche escura!

Ya las aves en rama o nido enrizan

las blandas plumas en ciudad o en selva
y los rayos del sol resplandecientes
con acordados picos solemnizan,
dándole gracias de que a verlas vuelva,
a cuya imitación las claras fuentes
entonan el cristal de sus corrientes;
las hojas con el viento se requiebran
y el resplandor celebran
que el aire esclareció del negro velo.
Yo triste, en este suelo
tendido, sin saber si parte o sale,
de todo bien me privo;
ninguna luz me vale,
siempre en tinieblas y en tormento vivo.

Verase Apolo en mi cenit ardiendo,
descansarán las aves, defendidas
de su rigor en árboles hojosos;
mis cabras pacerán, Ladon durmiendo,
por los floridos campos esparcidas
las malvas y tomillos olorosos,
y sobre los hijuelos bulliciosos
con anchas alas y soberbio cuello,
picando el tierno vello,
asistirá la tórtola casada;
la cierva enamorada
vendrá a bañarse en este arroyo manso;
yo sólo entonces, de mi error vencido,
viviré sin descanso,
llorando celos y temiendo olvido.

Vendrá la noche y engastando el cielo
diamantes en su cóncavo sutiles,
tranquilo cubrirá toda la tierra;
los animales por el verde suelo
seguros dormirán, y a los rediles

voraz el lobo hará su oculta guerra;
bajarán los ganados de la sierra,
y tras el tardo buey, con paso lento,
del campo al heno atento,
el labrador se volverá a su aldea,
que de lejos humea
con la rústica cena deseada,
y verase, colgada de su filo,
callar la noche helada
y que no muda mi dolor estilo.

No hay tiempo para mí, faltome el tiempo;
ya son del mar las olas mis cuidados,

la que se acaba crece en la que viene.
Mi frágil esperanza llega a tiempo,
que con pasos enfermos y cansados
huyendo de la muerte se entretiene,
mas poca resistencia le conviene,
que al fin la alcanzará con la sospecha
y a sus manos deshecha
quien puede asegurar mi corta vida.
Dulcísima homicida,
no mates con desdenes mi esperanza;
antes la vida muera,
que el bien que no se alcanza
al fin es bien mientras gozar se espera-.

Dijo, y volviendo la cabeza al soto
vio las traviesas, esparcidas cabras
huir aquí y allí como sin dueño;
interrumpió su voz el alboroto,
quedaron indecisas las palabras;
tendió los brazos y arrugando el ceño,
como el que despertó de largo sueño
puso piedra en la honda, cuyo giro
así despide el tiro,
que volvieron volando al valle ameno,

haciendo como el trueno,
que el aire rompe y resonando queda,
bramar la fuerte seda;
las aves se espantaron, y en lo hueco
del valle resonó doblado el eco.

El peregrino en su patria

IV

Serrana hermosa, que de nieve helada
fueras, como en color, en el efeto,
si amor no hallara en tu rigor posada;

del sol y de mi vista claro objeto,
centro del alma que a tu gloria aspira
y de mi verso altísimo sujeto;

alba dichosa en que mi noche espira,
divino basilisco, lince hermoso,
nube de amor, por quien sus rayos tira;

salteadora gentil, monstruo amoroso,
salamandra de nieve y no de fuego,
para que viva con mayor reposo:

hoy que a estos montes y a la muerte llego,
donde vine sin ti, sin alma y vida,
te escribo de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena merecida
de quien pudo sufrir mirar tus ojos
con lágrimas de amor en la partida.

Advierte que eres alma en los despojos
desta parte mortal, que a ser la mía,
faltara en tantas lágrimas y enojos;

que no viviera quien de ti partía,

ni ausente, agora, a no esforzarle tanto
las esperanzas de un alegre día.

Aquella noche en su mayor espanto
consideré la pena del perderte,
la dura soledad creciendo el llanto,

y llamando mil veces a la muerte,
otras tantas miré que me quitaba
la dulce gloria de volver a verte.

A la ciudad famosa que dejaba
la cabeza volví, que desde lejos
sus muros con sus fuegos me enseñaba,

y dándome en los ojos los reflejos,

gran tiempo hacia la parte en que vivías
los tuvo amor suspensos y perplejos;

y como imaginaba que tendrías
de lágrimas los bellos ojos llenos,
pensándolas juntar crecí las mías,

mas como los amigos, desto ajenos,
reparasen en ver que me paraba,
en el mayor dolor fue el llanto menos.

Ya, pues, que el alma y la ciudad dejaba
y no se oía del famoso río
el claro son con que sus muros lava.

«Adiós, dije mil veces, dueño mío,
hasta que a verme en tu ribera vuelva,
de quien tan ternamente me desvío.

No suele el ruiseñor en verde selva
llorar el nido, de uno en otro ramo
de florido arrayán y madreselva,

con más doliente voz que yo te llamo,
ausente de mis dulces pajarillos,
por quien en llanto el corazón derramo,

ni brama, si le quitan sus novillos,
con más dolor la vaca, atravesando
los campos de agostados amarillos;

ni con arrullo más lloroso y blando
la tórtola se queja, prenda mía,
que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía
y sin las prendas de tu hermoso pecho,
todo es llorar desde la noche al día,

que con sólo pensar que está deshecho
mi nido ausente, me atraviesa el alma,
dando mil nudos a mi cuello estrecho;

que con dolor de que le dejo en calma
y el fruto de mi amor goza otro dueño,
parece que he sembrado ingrata palma».

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño
en tres veces que el sol me vio tan triste,
a la aspereza de un lugar pequeño

a quien de murtas y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio
llegaba el fin de mi mortal camino,
habiendo apenas caminado el medio,

y cuando ya mi pensamiento vino,
dejando atrás la sierra, a imaginarte,
creció con el dolor el desatino;

que con pensar que estás de la otra parte,
me pareció que me quitó la sierra
la dulce gloria de poder mirarte.

Bajé a los llanos desta humilde tierra
adonde me prendiste y cautivaste
y yo fui esclavo de tu dulce guerra.

No estaba el Tajo con el verde engaste
de su florida margen cual solía
cuando con esos pies su orilla honraste,

ni el agua clara a su pesar subía
por las sonoras ruedas, ni bajaba

y en pedazos de plata se rompía,

ni Filomena su dolor contaba,
ni se enlazaba parra con espino,
ni yedra por los árboles trepaba,

ni pastor extranjero ni vecino
se coronaba del laurel ingrato,
que algunos tienen por laurel divino.

Era su valle imagen y retrato
del lugar que la corte desampara
del alma de su espléndido aparato.

Yo, como aquél que a contemplar se para
ruinas tristes de pasadas glorias,
en agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudieron las memorias,
los asientos, los gustos, los favores,
que a veces los lugares son historias,
y en más de dos que yo te dije amores
parece que escuchaba tus respuestas
y que estaban allí las mismas flores.

Mas como en desventuras manifiestas
suele ser tan costoso el desengaño
y sus veloces alas son tan prestas,

vencido de la fuerza de mi daño
caí desde (mí) mismo medio muerto
y conmigo también mi dulce engaño.

Teniendo, pues, mi duro fin por cierto
las ninfas de las aguas, los pastores
del soto y los vaqueros del desierto,
cubriéndome de yerbas y de flores
me lloraban diciendo: «Aquí fenece
el hombre que mejor trató de amores,

y puesto que Lucinda le merece,
que su vida consiste en su presencia
él también con su muerte la engrandece».

Entonces yo, que haciendo resistencia

estaba con tu luz al dolor mío,
abrí los ojos que cerró tu ausencia;
luego, desamparando el valle frío
las ninfas bellas, con sus rubias frentes
rompieron el cristal del manso río

y en círculos de vidrio transparentes
las divididas aguas resonaron
y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores también desampararon
el muerto vivo y en la tibia arena
por sombra de quien era me dejaron.

Yo solo, acompañado de mi pena,
volvite al alma, del dolor quejoso
que de pensar en ti la tuvo ajena.

Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
del Betis rico al Tajo caudaloso,

éste que miras es retrato suyo,
que así el esclavo que llorando pierdes
a tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides o de mí te acuerdes,
si te olvidare mientras tengo vida,
marchite amar mis esperanzas verdes;

cosa que al cielo por mi bien le pida
jamás me cumpla, si otra cosa fuere
de aquestos ojos donde estás, querida.

En tanto que mi espíritu rigiere
el cuerpo que tus brazos estimaron,
nadie los míos ocupar espere;

la memoria que en ellos me dejaron
es alcaide de aquella fortaleza
que tus hermosos ojos conquistaron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza
y que es de acero el pensamiento mío
con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío
con Flora, que te tuvo tan celosa,

a cuyo fuego respondí con frío.

Pues bien; conoces tú que es Flora hermosa,
y que con serlo sin remedio vive,
envidiosa de ti, de mí quejosa;

bien sabes que habla bien, que bien escribe,
y que me solicita y me regala
por más desprecios que de mí recibe.

Mas yo, que de tu pie, donaire y gala
estimo más la cinta que desecha
que todo el oro con que a Creso iguala,

sólo estimo tenerte sin sospecha,
que no ha nacido agora quien desate
de tanto amor lazada tan estrecha.

Cuando de yerbas de Tesalia trate
y discurriendo el monte de la luna
los espíritus ínfimos maltrate,

no hay fuerza en yerba ni en palabra alguna
contra mi voluntad que hizo el cielo,
libre en adversa y próspera fortuna.

Tú sola mereciste mi desvelo,
y yo también, después de larga historia
con mi fuego de amor vencer tu yelo.

Viva con esto alegre tu memoria,
que, como amar con celos es infierno,
amar sin ellos es descanso y gloria,

que yo, sin atender a mi gobierno,
no he de apartarme de adorarte ausente
si de ti lo estuviese un siglo eterno.

El sol mil veces discurriendo cuente
del cielo los dorados paralelos
y de su blanca hermana el rostro aumente,

que los diamantes de sus puros velos,

que viven fijos en su otava esfera,
no han de igualarme aunque me maten celos.

No habrá cosa jamás en la ribera
en que no te contemplen estos ojos
mientras ausente de los tuyos muera;

en el jazmín tus cándidos despojos,
en la rosa encarnada tus mejillas,
tu bella boca en los claveles rojos,

tu olor en las retamas amarillas
y en maravillas que mis cabras pacen
contemplaré también tus maravillas:

y cuando aquellos arroyuelos que hacen,
templados, a mis quejas consonancia,
desde la sierra donde juntos nacen,

dejando el sol la furia y arrogancia
de dos tan encendidos animales,
volviere el año a su primera estancia,

a pesar de sus fuentes naturales,
del yelo arrebatadas sus corrientes,
cuelguen por estas peñas sus cristales,

contemplaré tus concertados dientes
y a veces, en carámbanos mayores,
los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz me acordarán los ruiseñores
y destas yedras y olmos los abrazos,
nuestros hermafrodíticos amores.

Aquestos nidos de diversos lazos,
donde agora se besan dos palomas,
por ver mis prendas burlarán mis brazos.

Tú, si mejor tus pensamientos domas,
en tanto que yo quedo sin sentido,

dime el remedio de vivir que tomas,

que aunque todas las aguas del olvido
bebiese yo, por imposible tengo
que me escapase de tu lazo asido,

donde la vida a más dolor prevengo.
¡Triste de aquél que por estrellas ama,
si no soy yo, porque a tus manos vengo!

Donde si espero de mis versos fama,
a ti lo debo, que tú sola puedes
dar a mi frente de laurel la rama
donde muriendo vencedora quedes.

Los pastores de Belén

I

Nace al alba María
y el sol con ella,
desterrando la noche
de nuestras penas.
Nace el alba clara,
la noche pisa;
del cielo la risa
su paz declara;
el tiempo se para
por sólo vella,
desterrando la noche
de nuestras penas.
Para ser señora
del cielo, levanta
esta niña santa
su luz como aurora;

él canta, ella llora
divinas perlas,
desterrando la noche
de nuestras penas.

Aquella luz pura
del sol procede,
porque cuanto puede
le da hermosura.
El alba asegura
que viene cerca,
desterrando la noche
de nuestras penas.

II

¿Dónde vais, zagala,
sola en el monte?
Mas quien lleva el sol
no teme la noche.
¿Dónde vais, María,
divina esposa,
madre gloriosa
de quien os cría?
¿Qué haréis si el día
se va al Ocaso
y en el monte acaso
la noche os coge?
Mas quien lleva el sol
no teme la noche.
El ver las estrellas
me causa enojos,
pero vuestros ojos
más lucen que ellas.
Ya sale con ellas
la noche escura;
a vuestra hermosura
la luz se asconde;
mas quien lleva el sol
no teme la noche.

III

¡Cuán bienaventurado
aquél que puede llamarse justamente,
que sin tener cuidado
de la malicia y lengua de la gente,

a la virtud contraria
la suya pasa en vida solitaria!

¡Dichoso el que no mira
del altivo señor las altas casas,
ni de mirar se admira
fuertes colunas oprimiendo basas,
en las soberbias puertas,
a la lisonja eternamente abiertas!

Los altos frontispicios,
con el noble blasón de sus pasados,
los bélicos oficios,
de timbres y banderas coronados,
desprecia y tiene en menos
que en el campo los olmos, de hojas llenos.

No sufre el confiado
en quien puede morir, y que al fin muere,
ni humilde al levantado
con vanas sumisiones le prefiere,
sin ver que no hay coluna
segura en las mudanzas de fortuna.

Ni va sin luz delante
del señor poderoso, que atropella
sus fuerzas arrogante,
pues es mejor de noche ser estrella
que por la compañía
del sol dorado no lucir de día.

¡Dichoso el que, apartado
de aquéllos que se tienen por discretos,
no habla desvelado
en sutiles sentencias y concetos,
ni inventa voces nuevas,
más de ambición que del ingenio pruebas!

Ni escucha al malicioso
que de todo cuanto ve le desagrada,
ni al crítico enfadoso
teme la esquiva condición, fundada
en la calumnia sola,
fuego activo del oro que acrisola.

Ni aquellos arrogantes

por el verde laurel de alguna ciencia,
que llaman ignorantes
los que tiene por sabios la experiencia,
porque la ciencia en suma
no sale del laurel, mas de la pluma.

No da el saber el grado
sino el ingenio natural, del arte
y estudio acompañado,
que el hábito y los cursos no son parte,
ni aquella ilustre rama,
faltando lo esencial para dar fama.

¡Oh cuántos hay que viven
a sus cortas esferas condenados!
Hoy lo que ayer escriben,
ingenios como espejos que, quebrados,
muestran siempre de un modo
lo mismo en cualquier parte que en el todo.

¡Dichoso, pues, mil veces
el solo que en su campo, descuidado
de vanas altiveces,
cuanto rompiendo va con el arado
baña con la corriente
del agua que destila de su frente!

El ave sacra a Marte
le despierta del sueño perezoso,
y el vestido sin arte
traslada presto al cuerpo, temeroso
de que la luz del día
por las quiebras del techo entrar porfía.

Revuelve la ceniza,
sopla el humoso pino mal quemado;
el animal se eriza
que estaba entre las pajas acostado.
Ya la tiniebla huye
y lo que hurtó a la luz le restituye.

El pobre almuerzo aliña,
come y da de comer a los dos bueyes,
y en el barbecho o viña,
sin envidiar los patios de los reyes,
ufano se pasea
a vista de las casas de su aldea.

Y son tan derribadas,
que aun no llega el soldado a su aposento,
ni sus armas colgadas
de sus paredes vio, ni el corpulento
caballo estar atado
al humilde pesebre del ganado.

Caliéntase el enero,
alrededor de sus hijuelos todos,
a un roble, ardiendo entero,
y allí contando de diversos modos
de la extranjera guerra,
duerme seguro y goza de su tierra.

Ni deuda en plazo breve,
ni nave por la mar su paz impide,
ni a la fama se atreve;
con el reloj del sol sus horas mide,
y la incierta postrera
ni la teme cobarde ni la espera.

IV

Zagala divina,
bella labradora,
boca de rubíes,
ojos de paloma,
Santísima Virgen,
soberana aurora,
arco de los cielos
y del sol corona:
tantas cosas cuentan
sagradas historias
de vuestra hermosura,
que el alma me roban:
que tenéis del cielo,
morena graciosa,
la puerta en el pecho,
la llave en la boca.

Vuestras gracias me cuentan,
zagala hermosa;
mientras más me dicen,
más me enamoran.

Dícenme que sois
de las tres personas
el trono divino
en que asisten todas;
que ya el Padre Eterno
Hija suya os nombra,
el Hijo su Madre
y el Amor su Esposa;
que ya el vellocino,
de la tierra alfombra,
lloviendo las nubes
de perlas se borda.
Que tenéis guardada
en vos una joya
que de Dios el pecho
dignamente adorna.

Vuestras gracias, etc.

Que tenéis la cara
como cuando llora
sobre blancos lirios
la mañana aljófar;
que sois nieve pura
sobre quien deshojan
purpúreos claveles
o encarnadas rosas.

Yo no sé quién sirve
hermosuras locas,
flores de la tierra
que la muerte corta,
y deja de amaros,
divina Señora,
a cuya belleza
la luna se postra.

Vuestras gracias, etc.

Cuéntanme que al templo
fuistes, niña hermosa,
cuyas quince gradas
las subistes sola;
que en él ofrecistes
para tanta gloria
casta vida y alma,
palabras y obras;
que aunque sois casada

la misma vitoria
tendréis hoy que antes
y después que agora.
Seréis Madre y Virgen,
porque os hizo sombra
el amor divino
de quien sois Esposa.

Vuestras gracias, etc.

V

A mi niño combaten
fuegos y hielos,
sólo amor padeciera
tan gran tormento.
Del amor el fuego
y del tiempo el frío,
al dulce amor mío
quitan el sosiego.
Digo cuando llego
a verle, riendo:
-Sólo amor padeciera
tan gran tormento.
Helarse algún pecho
y el alma abrasarse
sólo puede hallarse
que amor lo haya hecho.
Niño satisfecho
de fuego y hielo,
sólo amor padeciera
tan gran tormento.

VI

Hoy al hielo nace
en Belén mi Dios,
cántale su Madre
y él llora de amor.
Aquel Verbo santo,
luz y resplandor
de su Padre Eterno,
que es quien le engendró,
en la tierra nace
por los hombres hoy;
cántale su Madre
y él llora de amor.

Como fue su Madre
de tal perfección,
un precioso nácar
sólo abierto al sol,
las que llora al Niño
finas perlas son.
Cántale su Madre
y él llora de amor.
-No lloréis, mi vida,
que me dais pasión-,
le dice la Niña
que al Niño parió.
Témplanse los aires
a su dulce voz;
cántale su Madre
y él llora de amor.

VII

Este Niño y Dios, Antón,
que en Belén tiembla y suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
Este Niño celestial
tiene unos ojos tan bellos,
que se va el alma tras ellos
como a centro natural.
Ya es cordero y no es león,
y como dejó la ira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
Antiguamente miraba
en nube, monte y en fuego
y en ofendiéndole, luego
del ofensor se vengaba;
mas después que vino, Antón,
donde como hombre suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
No se dejaba mirar
envuelto en nubes y velos;
ahora en pajas y hielos
se deja ver y tocar.
Y como ve a los que son
la causa por que suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

VIII

La niña a quien dijo el ángel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trujo tan altas nuevas,
ya le mira en un pesebre
llorando lágrimas tiernas,
que obligándose a ser hombre
también se obliga a sus penas.
«¿Qué tenéis, dulce Jesús?
-le dice la niña bella-,
¿tan presto sentís, mis ojos,
el dolor de mi pobreza?
Yo no tengo otros palacios
en que recibiros pueda,
sino mis brazos y pechos
que os regalan y sustentan.
No puedo más, amor mío,
porque si yo más pudiera
vos sabéis que vuestros cielos
envidiaran mi riqueza».
El niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su eterno Padre inmensa,
mas revelándole el alma
de la Virgen la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.
Ella entonces, desatando
la voz regalada y tierna,
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa:

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto:
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

El niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Rigurosos yelos
le están cercando;
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.
Ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
tened los ramos.

Rimas sacras

Canción a la muerte de Carlos Félix

Éste de mis entrañas dulce fruto,
con vuestra bendición, ¡oh Rey Eterno!,
ofrezco humildemente a vuestras aras,
que si es de todos el mejor tributo
un puro corazón humilde y tierno
y el más precioso de las prendas caras,
no las aromas raras
entre olores fenicios
y licores sabeos,
os rinden mis deseos,
por menos olorosos sacrificios,
sino mi corazón, que Carlos era,
que en el que me quedó menos os diera.

Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro
ninguna cosa os doy, y que querría
hacer virtud necesidad tan fuerte,
y que no es lo que siento lo que muestro,
pues anima su cuerpo el alma mía
y se divide entre los dos la muerte.
Confieso que de suerte
vive a la suya asida,
que cuanto a la vil tierra
que el ser mortal encierra,
tuviera más contento de su vida;
mas cuanto al alma, ¿qué mayor consuelo
que lo que pierdo yo me gane el cielo?

Póstrese nuestra vil naturaleza
a vuestra voluntad, imperio sumo,
autor de nuestro límite, Dios santo;
no repugne jamás nuestra bajeza,
sueño de sombra, polvo, viento y humo,
a lo que vos queréis, que podéis tanto;
afréntese del llanto
injusto, aunque forzoso,
aquella inferior parte
que a la sangre reparte
materia de dolor tan lastimoso,
porque donde es inmensa la distancia,
como no hay proporción no hay repugnancia.

Quiera yo lo que vos, pues no es posible
no ser lo que queréis, que no queriendo,
saco mi daño a vuestra ofensa junto.
Justísimo sois vos; es imposible
dejar de ser error lo que pretendo,
pues es mi nada indivisible punto.
Si a los cielos pregunto,
vuestra circunferencia
inmensa, incircunscrita,
pues que sólo os limita
con margen de piedad vuestra clemencia,
¡oh guarda de los hombres!, yo ¿qué puedo
adonde tiembla el serafín de miedo?

Amábaos yo, Señor, luego que abristes
mis ojos a la luz de conoceros,
y regalome el resplandor suave.
Carlos fue tierra, eclipse padecistes,
divino Sol, pues me quitaba el veros
opuesto como nube densa y grave.
Gobernaba la nave

de mi vida aquel viento
de vuestro auxilio santo
por el mar de mi llanto
al puerto del eterno salvamento,
y cosa indigna, navegando, fuera
que rémora tan vil me detuviera.

¡Oh, cómo justo fue que os ofreciese
mi alma impedimentos para amaros,
pues ya por culpas propias me detengo!
¡Oh, cómo justo fue que os ofreciese
este cordero yo para obligaros,
sin ser Abel, aunque envidiosos tengo!
Tanto, que a serlo vengo
yo mismo de mí mismo,
pues ocasión como ésta
en un alma dispuesta
la pudiera poner en el abismo
de la obediencia, que os agrada tanto
cuanto por loco amor ofende el llanto.

¡Oh, quién como aquel padre de las gentes
el hijo sólo en sacrificio os diera
y los filos al cielo levantara!
No para que con alas diligentes
ministro celestial los detuviera
y el golpe al corderillo trasladara,
mas porque calentara
de rojo humor la peña,
y en vez de aquel cordero
por quien corrió el acero
y cuya sangre humedeció la leña,
muriera el ángel, y trocando estilo,
en mis entrañas comenzara el filo.

Y vos, dichoso niño, que en siete años
que tuvistes de vida, no tuvistes
con vuestro padre inobediencia alguna,
corred con vuestro ejemplo mis engaños,
serenad mis paternos ojos tristes,
pues ya sois sol donde pisáis la luna.
De la primera cuna
a la postrera cama
no distes sola un hora
de disgusto, y agora
parece que le dais, si así se llama
lo que es pena y dolor de parte nuestra,
pues no es la culpa, aunque es la causa vuestra.

Cuando tan santo os vi, cuando tan cuerdo,
conocí la vejez que os inclinaba
a los fríos umbrales de la muerte;
luego lloré lo que ahora gano y pierdo,
y luego dije: «Aquí la edad acaba,
porque nunca comienza desta suerte».
¿Quién vio rigor tan fuerte,
y de razón ajeno,
temer por bueno y santo
lo que se amaba tanto?
Mas no os temiera yo por santo y bueno,
si no pensara el fin que prometía
quien sin el curso natural vivía.

Yo para vos los pajarillos nuevos,
diversos en el canto y las colores,
encerraba, gozoso de alegraros;
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes, yo las flores
en quien mejor pudiera contemplaros,
pues a los aires claros
del alba hermosa apenas
saliste, Carlos mío,
bañado de rocío,
cuando, marchitas las doradas venas,
el blanco lirio convertido en hielo
cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.

¡Oh qué divinos pájaros agora,
Carlos, gozáis, que con pintadas alas
discurren por los campos celestiales
en el jardín eterno, que atesora
por cuadros ricos de doradas salas
más hermosos jacintos orientales,
adonde a los mortales
ojos la luz excede!
¡Dichoso yo que os veo
donde está mi deseo
y donde no tocó pesar ni puede,
que sólo con el bien de tal memoria
toda la pena me trocáis en gloria!

¿Qué me importara a mí que os viera puesto
a la sombra de un príncipe en la tierra,
pues Dios maldice a quien en ellos fía,
ni aun ser el mismo príncipe, compuesto
de aquel metal del sol, del mundo guerra,
que tantas vidas consumir porfía?
La breve tiranía,
la mortal hermosura,

la ambición de los hombres,
con títulos y nombres
que la lisonja idolatrar procura,
al espirar la vida, ¿en qué se vuelven
si al fin en el principio se resuelven?

Hijo, pues, de mis ojos, en buen hora
vais a vivir con Dios eternamente
y a gozar de la patria soberana.
¡Cuán lejos, Carlos venturoso, agora
de la impiedad de la ignorante gente
y los sucesos de la vida humana,
sin noche, sin mañana,
sin vejez siempre enferma,
que hasta el sueño fastidia,
sin que la fiera envidia
de la virtud a los umbrales duerma,
del tiempo triunfaréis, porque no alcanza
donde cierran la puerta a la esperanza!

La inteligencia que los orbes mueve
a la celeste máquina divina
dará mil tornos con su hermosa mano,
fuego el León, el Sagitario nieve,
y vos, mirando aquella esencia trina,
ni pasaréis invierno ni verano,
y desde el soberano
lugar que os ha cabido,
los bellísimos ojos,
paces de mis enojos,
humillaréis a vuestro patrio nido,
y si mi llanto vuestra luz divisa,
los dos claveles bañaréis en risa.

Yo os di la mejor patria que yo pude
para nacer, y agora en vuestra muerte
entre santos dichosa sepultura;
resta que vos roguéis a Dios que mude
mi sentimiento en gozo, de tal suerte,
que, a pesar de la sangre que procura
cubrir de noche escura
la luz desta memoria,
viváis vos en la mía,
que espero que algún día
la que me da dolor me dará gloria,
viendo al partir de aquesta tierra ajena,
que no quedáis adonde todo es pena.

La Dorotea

I

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos.
Ni estoy bien ni mal conmigo,
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta
y solamente no entiendo
cómo se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan
fácilmente me defiendo,
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento,
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferencia conozco
porque en él y en mí contemplo
su locura en su arrogancia,
mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
más que supo en este tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
«Sólo sé que no sé nada»,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.

No me precio de entendido,
de desdichado me precio,
que los que no son dichosos
¿cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más,
otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
se fue la verdad al cielo;
tal la pusieron los hombres,
que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
los propios y los ajenos;
la de plata los extraños
y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo
y el valor a lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
y quéjanse de los precios,
de medio arriba, romanos;
de medio abajo, romeros.
Dijo Dios que comería
su pan el hombre primero
en el sudor de su cara
por quebrar su mandamiento,
y algunos, inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efetos.
Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento:
la mejor vida, el favor;
la mejor sangre, el dinero.
Oigo tañer las campanas
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua
que no lo fueron sus dueños.
¡Oh, bien haya quien los hizo,

porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!
Fea pintan a la envidia,
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos;
ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, firmaron
parabién ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

II

Zagala, así Dios te guarde,
que me digas si me quieres,
que aunque no pienso olvidarte,
impórtame no perderme.
A tus ojos me subiste,
en ellos vi cómo llueven
cuando quieren perlas vivas
y rayos cuando aborrecen.
Si fue verdad, tú lo sabes;
mis desconfianzas temen
que, como hay gustos que engañan,
habrá lágrimas que mienten.
Los hechizos de tu llanto
divinamente me prenden,
pues mis ojos de los tuyos
veneno de perlas beben.
Tus lágrimas me aseguran.
Tus regalos me entretienen,
tus favores me confían
y tus celos me enloquecen.
Mas en medio destas cosas,
por cualquiera enojo leve,
si quieres, ¿cómo es posible
que te vayas y me dejes?
Tres días ha que te fuiste

a los prados y a las fuentes,
dejando las de mis ojos,
adonde pudieras verte.
¿En qué mejores cristales
quien ama mirarse puede,
si espejos del alma vivos
fueron las lágrimas siempre?
O me quieres o me olvidas;
si me olvidas, ¿cómo vuelves?;
y si me quieres, zagala,
¿cómo gustas de mi muerte?
Por hablar con las serranas
acaso y sin detenerme,
¡ay Dios, qué duras venganzas
de culpas que no te ofenden!
Traen del baile a tu choza
mil almas tus ojos verdes
y no los riño celoso,
Dios sabe si culpa tienen,
y tú me matas a mí,
que si he pensado ofenderte
antes que mire otros ojos
los míos llorando cieguen.
Zagala del alma mía,
vuelve por tu vida a verme;
mas ninguna obligación
te traiga si me aborreces,
que yo me sabré morir
desesperado y ausente
porque me debas matarme,
porque no te canse el verme.

III

Al son de los arroyuelos
cantan las aves de flor en flor
que no hay más gloria que amor
ni mayor pena que celos.

Por estas selvas amenas,
al son de arroyos sonoros,
cantan las aves a coros
de celos y amor las penas.
Suenan del agua las venas,
instrumento natural,
y como el dulce cristal
va desatando los yelos,
al son...
De amor las glorias celebran

los narcisos y claveles,
las violetas y penseles
de celos no se requiebran.
Unas en otras se quiebran
las ondas por las orillas
y como las arenillas
ven por cristalinos velos,
al son...
Arroyos murmuradores
de la fe de amor perjura
por hilos de plata pura
ensartan perlas en flores.
Todo es celos, todo amores,
y mientras que lloro yo
las penas que amor me dio
con sus celosos desvelos,
al son de los arroyuelos
cantan las aves de flor en flor
que no hay más gloria que amor
ni mayor pena que celos.

IV

Corría un manso arroyuelo
entre dos valles al alba,
que sobre prendas de aljófar
le prestaban esmeraldas.
Las blancas y rojas flores
que por las márgenes baña
dos veces eran narcisos
en el espejo del agua.
Ya se volvía el aurora
y en los prados imitaban
celosos lirios sus ojos,
jazmines sus manos blancas.
Las rosas en verdes lazos,
vestidas de blanco y nácar,
con hermosura de un día
daban envidia y venganza.
Ya no bajaban las aves
al agua, porque pensaban,
como daba el sol en ella,
que eran pedazos de plata.
En esta razón Lisardo
salía de su cabaña,
¿quién pensara que a estar triste
donde todos se alegraban?

Por las mal enjutas sendas
delante el ganado baja,
que a un mismo tiempo paciendo

come yelo y bebe escarcha.
Por otra parte venía
de sus tristezas la causa,
hermosa como ella misma,
pues ella sola se iguala.
Leyendo viene una letra
que a sus estrellas con alma
compuso Lisardo un día
con más amor que esperanza.
Viole admirado de verla
y de unas cintas moradas,
para matalle a lisonjas
el instrumento desata,
y por dos hilos de perlas
que dos claveles guardaban,
dio la voz al manso viento
y repitió las palabras:
«Madre, unos ojuelos vi
verdes, alegres y bellos.
¡Ay, que me muero por ellos
y ellos se burlan de mí!
Las dos niñas de sus cielos
han hecho tanta mudanza,
que la color de esperanza
se me ha convertido en celos.
Yo pienso, madre, que vi
mi vida y mi muerte en vellos.
¡Ay, que me muero por ellos
y ellos se burlan de mí!
¿Quién pensara que el color
de tal suerte me engañara?

Pero ¿quién no lo pensara
como no tuviera amor?
Madre, en ellos me perdí
y es fuerza buscarme en ellos.
¡Ay, que me muero por ellos
y ellos se burlan de mí!».

V

¡Ay, soledades tristes
de mi querida prenda,
donde me escuchan solas
las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
nieve en las peñas siembran,
porque parezcan blandas
con mi dolor las peñas;
las otras que bramando
ya tiemblan la fiereza

y en sus entrañas hallan
el eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
en esta seca arena
o cómo espero el día
si está mi aurora muerta?
O ¿pediré llorando
la noche de su ausencia
que, pues ya viven juntas,
entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas
y no saldrá mi estrella,
que aunque de noche salen
padece noche eterna.
Alma Venus divina,

que día y noche muestras
la senda del aurora
y del mayor planeta,
por esta noche sola
le da la presidencia,
pues sabes que te iguala
su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
barquilla pobre y yerma,
de la proa a la popa,
tus jarcias y tus velas.
No ya tendal te vista
ni te coronen fiestas,
marítimos hinojos,
mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas
que de aquestas riberas
con sus dorados lirios
tejidas orlas eran,
y los laureles verdes,
secos tarayes sean,
lo inútil de sus hojas
mis esperanzas tengan;
y rómpaste de suerte
que parezcas deshecha
cabaña despreciada
que los pastores dejan.
No ya por la mesana
tus flámulas parezcan
sierpes de seda al viento,
de tafetán cometas;
no de alegres colores,
sino de sombras negras,
las palas de tus remos
las ondas encanezcan;

no las desnudas ninfas
cuando la vela tiendas

a la embreada quilla
arrimen las cabezas.
Deshechos huracanes
te saquen y te vuelvan,
pues ya la mar de España
les concedió licencia.
Vosotros, ¡oh barqueros!,
que en aquestas aldeas
dejáis vuestras esposas
hermosas y discretas,
si obligan amistades
a mis tristes endechas,
en tanto que las olas
por estas rocas trepan,
pues viven retiradas
las barcas y las pescas,
ayudad con suspiros
mis lastimosas quejas.
El que a la mar saliere
para que presto vuelva,
embárquese en mis ojos
y le tendrá más cerca.
El que estuviere alegre
ni venga ni me vea,
que volverá de verme
con inmortal tristeza.
Cortad ciprés funesto
y acompañad mi pena
con versos infelices
de míseras elegías;
y el que mejores rimas
hiciere a las exequias

de mi querida esposa,
tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos
donde esculpidas tenga
la desdeñosa Dafnes
y la amorosa Leda;
aquélla verde lauro
y con las plumas ésta
del cisne por quien Troya
llamó su fuego a Elena;
y dos redes tan juntas
que si sus nudos cuenta,
podrá suspiros míos
y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades
las Dríadas y Oreas,
aquéllas de las ondas,
las otras de las selvas,
las frentes que coronan
corales y verbenas
para que doble el llanto

tan mísera tragedia.
«Ya es muerta, decid todos,
ya cubre poca tierra
la divina Amarilis,
honor y gloria vuestra;
aquélla cuyos ojos
verdes, de amor centellas,
músicos celestiales,
Orfeos de almas eran,
cuyas hermosas niñas
tenían, como reinas,
doseles de su frente
con armas de sus cejas.
Aquélla cuya boca

daba lición risueña
al mar de hacer corales;
al alba de hacer perlas;
aquélla que no dijo
palabras extranjeras
de la virtud humilde
y la verdad honesta;
aquélla cuyas manos,
de vivo azâr compuestas,
eran nieve en blancura,
cristal en transparencia,
cuyos pies parecían
dos ramos de azucenas,
si para ser más lindas
nacieran tan pequeñas;
la que en la voz divina
desafió sirenas,
para quien nunca Ulises
pudiera hallar cautela;
la que añadió al Parnaso
la musa más perfecta,
la virtud y el ingenio,
la gracia y la belleza.
Matola su hermosura
porque ya no pudiera
la envidia oír su fama,
ni ver su gentileza».
Venid a consolarme,
que muero de tristeza...
Mas no vengáis, barqueros,
que no quiero perderla;
que si mi vida dura
es sólo porque sienta
más muerte con la vida,
más vida que sin ella.

Ya roto el instrumento,
los lazos y las cuerdas,
lo que la voz solía

las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo,
mas poco me aprovecha,
que el eco que me burla
con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña,
y como voy tras ella,
cuanto la sigo y llamo
tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño
pensando que me espera
salen del alma sombras
a fabricar ideas.
Delante se me ponen,
y yo, con ansia extrema,
lo que imagino abrazo,
por ver si efeto engendra.
Pero en desdicha tanta
y en tanta diferencia
los brazos que engañaba
desengañados quedan.
¡Qué alegre respondía,
dividiendo risueña
aquel clavel honesto
en dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
al desatar la lengua,
cogía de sus hojas
la risa con las perlas.
Mas ya no me responde
mi dulce, amada prenda,

que en el silencio eterno
a nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
en soledad me dejan,
que busco sus estampas
por esta arena seca,
y donde tantos miro
-¡qué locura tan nueva!-
escojo las menores
y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
alguna vez la siesta,
que no le abrace y pida
la sombra que me niega,
y entre estas soledades
con ansias tan estrechas
no miro su retrato
y muérome por verla;
que no pueden los ojos
sufrir que muerta sea
la que tan lindo talle
pintada representa.

Lo que deseo huyo,
porque de ver me pesa
que dure más el arte
que la naturaleza;
sin esto, porque creo,
-como me mira atenta-,
que, pues que no me habla,
no debe de ser ella.
Pintola Franceliso,
de las paredes cuelga
de mi cabaña pobre,
mas ¡qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso

levanto el rostro a verla,
las lágrimas la miran,
porque los ojos ciegan;
mas no podrá quejarse
de que otra cosa vean,
aunque mirase flores,
sin parecerme feas.
Tan triste vida paso
que todo me atormenta,
la muerte porque huye,
la vida porque espera.
Cuando barqueros miro,
cuyas esposas muertas,
que tanto amaron vivas,
olvidan y se alegran,
huyo de hablar con ellos,
por no pensar que puedan
hacer en mí los tiempos
a su memoria ofensa;
porque si alguna cosa,
aun suya, me consuela,
ya pienso que la agravio
y dejo de tenerla.
Así lloraba Fabio
del mar en las riberas,
la vida de Amarilis,
la muerte de su ausencia,
cuando atajaron juntas
con desmayada fuerza,
el corazón las ansias,
las lágrimas la lengua.
Amor, que le escuchaba,
dijo: «La edad es ésta
de Píramo y Leandro,
de Porcia, Julia y Fedra,

que no son destos siglos
amores tan de veras,
que ni el morir los cura
ni el tiempo los remedia».

VI

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola!
¿Adónde vas perdida,
adónde, di, te engolfas,
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas?
Como las altas naves
te apartas animosa
de la vecina tierra
y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.
Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas:
segura navegabas,
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho

adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no llevas cautelosa
ni velas de mentiras
ni remos ni lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,

que presumir de nave
fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
azote son del viento
y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres,
del árbol alta copa,
la tierra en perspectiva,
del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda
cuando, perdido el rumbo,
erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿qué sirve fama heroica?;
que nunca desdichados
sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?
Laureles de la orilla
solamente coronan
navíos de alto borde
que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea
por tu soberbia pompa
Faetonte de barqueros
que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos
cuando lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que salpicando estrellas,
del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
de la vulcana forja
en vez de torres altas
abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
se afeitaba la aurora,
más peces te llenaban
que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña

la cama de sus hojas;
esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,
parándose de envidia
la celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia;
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
inútiles escotas,
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.
Si con eternas plantas
las fijas luces doras,
¡oh dueño de mi barca!,
y en dulce paz reposas,
merezca que le pidas
al bien que eterno gozas
que adonde estás me lleve,
más pura y más hermosa.
Mi honesto amor te obligue,
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.
Mas ¡ay, que no me escuchas!...
Pero la vida es corta:
viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

VII

Si tuvieras, aldeana,
la condición como el talle,
fueras reina de tu aldea,
tuvieras vasallos grandes.
Opuestas al sol de tus ojos
la luna de tu donaire,
la tierra de tu aspereza
forma eclipses, sombras hace.
¿Eres tú la bien prendida,
aunque es mejor que te llamen
la que cuanto mira prende
y tiene celos del aire?
Si no puede tu belleza
de ti misma asegurarte,
¿qué hará mi amor, Amarilis,
que para tus celos baste?
El día, aldeana bella,
que bajas del monte al valle,

¿qué envidias no te aseguran
tu hermosura y mis verdades?
Las zagalas que te miran
apenas dicen que saben
adonde pones los pies,
tan breves estampas hacen.
Todas envidian tu brío,
y en tus galas, siempre iguales,
aprenden cuidados todas
de los descuidos que traes.
Pareces la primavera,
que las flores y las aves
todas despiertan a verte
y al sol de tus ojos salen.

Mal hayan los arroyuelos
si cuando por ellos pases
no murmuraren alegres
que tengas celos de nadie.
Siendo así, ¿por qué te ofendes
en presumir que me agrade
quien tiene envidia de ti
y se precia de imitarte?
No gastes mal tantas perlas,
no llores más, no me mates,
que pienso que tus estrellas
se están dividiendo en partes.
Baste el enojo, Amarilis,
sal por tu vida a escucharme,
que a las niñas de tus ojos
quiero cantar por que callen:

No lloréis, ojuelos,
porque no es razón
que llore de celos
quien mata de amor.
Quien puede matar
no intente morir,
si hace con reír
más que con llorar.
Si queréis vengar
los que muerto habéis,
¿por qué no tenéis
de mí compasión?
No lloréis, ojuelos,
porque no es razón
que llore de celos
quien mata de amor.